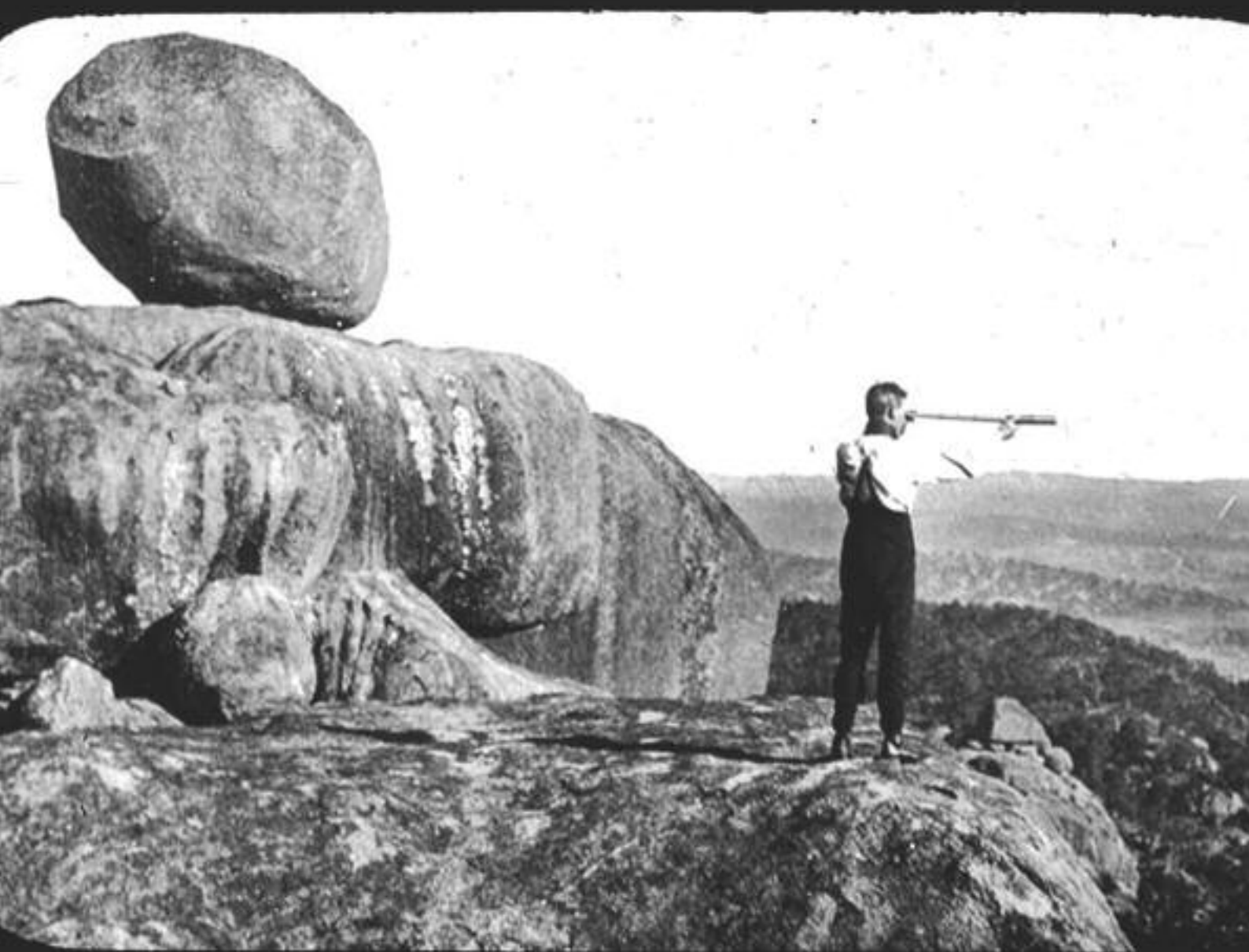




**Economistas
sin Fronteras**

Dossieres EsF
n.º 30, Verano 2018

MIRADAS CRÍTICAS Y TRANSVERSALES



ÍNDICE

PRESENTACIÓN: MIRADAS CRÍTICAS Y TRANSVERSALES M. ^a Luisa Gil Payno <i>Economistas sin Fronteras</i>	4
LA FANTASÍA DE LA INDIVIDUALIDAD Almudena Hernando Gonzalo <i>Universidad Complutense de Madrid</i>	6
LA VIDA HUMANA EN UN MUNDO JUSTO Y SOSTENIBLE Yayo Herrero López <i>Ecologistas en Acción</i>	12
ADIÓS A LAS COSAS Santiago Alba Rico <i>Filósofo y escritor</i>	17
LA NUEVA OLEADA DE TRATADOS COMERCIALES ASEDIA NUESTRAS VIDAS Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate <i>Paz con Dignidad-OMAL</i>	21
SEMBRANDO SOBERANÍAS: POLÍTICAS PÚBLICAS LOCALES PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA Bizilur	25
EL LIBRO RECOMENDADO: <i>EXPULSIONES. BRUTALIDAD Y COMPLEJIDAD EN LA ECONOMÍA GLOBAL</i> (Saskia Sassen) José Ángel Moreno Izquierdo <i>Economistas sin Fronteras</i>	30
PARA SABER MÁS	33



Economistas
sin Fronteras



Economistas sin Fronteras

Economistas sin Fronteras (EsF) es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria y sostenible, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En **Economistas sin Fronteras** creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de **Economistas sin Fronteras** y colaborar de forma periódica con nosotros, cumplimenta el formulario disponible en nuestra web:

www.ecosfron.org

0 en el teléfono 91 549 72 79

Si crees que nuestros Dossieres te aportan nuevos puntos de vista sobre la economía y quieres apoyarnos, realiza una aportación:

DONA AHORA

La legislación española para las entidades sin fines lucrativos establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota del IRPF.

CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno – *Coordinador*
Luis Enrique Alonso
María Eugenia Callejón
Marta de la Cuesta
José Manuel García de la Cruz
Juan A. Gimeno
Carmen Valor

Coordinación de este número:
M.ª Luisa Gil Payno
(Economistas sin Fronteras)

ISSN 2603-848X Dossieres EsF



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras (<http://www.ecosfron.org/publicaciones/>), se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

Dossieres EsF es una publicación digital trimestral de Economistas sin Fronteras.

Maquetación: LA FACTORÍA DE EDICIONES

Economistas sin Fronteras
Calle Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015 Madrid
Tel.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

M.^a Luisa Gil Payno
Economistas sin Fronteras

Una vez más, la primavera nos recibió con las ya tradicionales jornadas **«Otra economía está en marcha»**, en las que cada año reflexionamos colectivamente sobre el modelo económico que aspiramos a construir. En ediciones anteriores, hemos debatido sobre la necesidad de cambiar las finanzas, el comercio, la fiscalidad o la enseñanza de la economía; sobre la importancia de construir, juntas, formas alternativas de hacer economía. También sobre la necesidad de cambiar las políticas económicas, porque queremos (y necesitamos) unas políticas económicas que pongan la sostenibilidad de la vida en el centro. Para ello, es necesario comprender los rasgos fundamentales, las dinámicas y procesos de expulsión que configuran el orden económico y social actual y que determinan y condicionan no solo las políticas que son posibles, sino también el tipo de sociedad que queremos y podemos ser.

Con este objetivo, personas y organizaciones interesadas en conocer y debatir sobre estos temas y también otras que, desde diferentes ámbitos, trabajan en la construcción de modelos alternativos al actual nos reunimos en el Medialab de Madrid los días 9 y 10 de marzo. En Economistas sin Fronteras estamos convencidas de que este debate necesariamente debe ser crítico (analizar y comprender para transformar) y transdisciplinar (superando las fronteras entre los diferentes saberes), y, por ello, en las jornadas contamos con personas y organizaciones que analizan —y trabajan para transformar— el orden económico y social actual desde diferentes disciplinas (sociología, ecofeminismo, filosofía o arqueología, entre otros). El presente dossier aborda algunos de los principales debates y reflexiones que articularon las jornadas, de la mano de varios de los propios ponentes y participantes en las mismas.

La socióloga **Saskia Sassen** inauguró las jornadas. Con ella pudimos debatir sobre cómo el sistema económico capitalista funciona como un gran proceso de selección salvaje. Millones de personas son sistemáticamente expulsadas, en palabras de Saskia Sas-

sen, por las complejas dinámicas y procesos que caracterizan el orden económico y político actual, de las que forman parte las políticas de austeridad, el proceso de financiarización o las prácticas extractivistas, entre otras. Es un sistema que no sólo expulsa personas, sino que también expolia la naturaleza, el planeta que habitamos, generando, a su vez, nuevas expulsiones. Son cuestiones que Sassen recoge en su libro *Expulsiones y complejidad en la Economía Global*, del que **José Ángel Moreno Izquierdo** (Economistas sin Fronteras) nos ofrece una reseña en la sección del dossier «El libro recomendado».

Se trata, además, de un sistema patriarcal, construido sobre la división sexual del trabajo y la dominación de los hombres frente a la subordinación de las mujeres. Un sistema que se olvida de que somos seres interdependientes y ecodpendientes y que se ha construido sobre la base de lo que la arqueóloga y profesora universitaria **Almudena Hernando Gonzalo** denomina la fantasía de la individualidad: que el individuo puede concebirse al margen de la comunidad y que la razón puede existir al margen de la emoción. Sobre cómo se construye esta fantasía de la individualidad nos habló Almudena Hernando la mañana del sábado y nos lo sintetiza **M.^a Eugenia Callejón de la Sal** (Economistas sin Fronteras) en el primero de los artículos del dossier.

Tras la conferencia de Almudena Hernando, contamos con **Santiago Alba Rico** (filósofo y escritor) y **Yayo Herrero López** (Ecologistas en Acción), quienes muy generosamente aceptaron nuestra invitación de dialogar entre ellos sobre neoliberalismo y ecofeminismo, con los asistentes como espectadores y espectadoras. Fue un coloquio interesantísimo cuyos principales ejes de debate nos presentan los autores en el presente dossier en sendos artículos. En el primero de ellos, la ecofeminista Yayo Herrero nos ofrece una lúcida caracterización de los principales problemas del modelo económico y social actual y nos propone unos apuntes para su reconstrucción. Así, la autora nos recuerda que vivimos en un mundo *lleno*



(hemos superado la biocapacidad de la tierra) y *sin alrededores* (sin márgenes, afueras ni extrarradios), que nos obliga a reconocernos como seres ecodpendientes e interdependientes. Nos presenta también dos elementos clave sobre los que se construye el modelo económico hegemónico: una producción desconectada del mantenimiento de la vida y una noción de trabajo empobrecida y descafeinada. Para cerrar el artículo, nos plantea cuatro elementos fundamentales a los que atender para reconstruir la economía: el decrecimiento de la esfera material, la aceptación de las interdependencias, el reparto de la riqueza y la urgencia de las transformaciones a realizar.

Por su parte, Santiago Alba Rico nos obsequia con un bello artículo —extractado de su libro *¿Podemos seguir siendo de izquierdas?*— en el que nos habla de la volatilización de las cosas y de sus consecuencias sociales. Además, en línea con los planteamientos de Yayo Herrero, el filósofo y escritor nos recuerda que los seres humanos somos, además de sujetos, cosas; y que nuestro valor es el resultado del trabajo de cuidados realizado siempre (o casi siempre) por las mujeres fuera y antes del mercado. Los cuerpos adquieren, por tanto, valor en tanto en cuanto los cuidamos, tocamos y miramos, es decir, en la medida en que los *trabajamos*. El ser humano vale el tiempo que hemos trabajado en él.

Como no podía ser de otra manera, este primer bloque de debates y reflexiones de carácter más teórico y global fue acompañado, en la tarde del sábado, por varios talleres en los que trabajamos, desde una perspectiva política y aterrizada, cómo transformar algunos de los procesos y dinámicas en los que se materializan las lógicas que rigen el orden económico y social actual. Para ello contamos con Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate, del Observatorio de Multinacionales en América Latina (OMAL), Mar Cabra Valero, de la Unidad de Datos e Investigación del ICIJ (International Consortium of Investigative Journalists) y con Silvia Piris Lekuona, Miren Saiz

Alzugaray y Mikel Kormenzana Okeranza, de Bizilur, con quienes trabajamos cuestiones relacionadas con los tratados de libre comercio, los paraísos fiscales y la soberanía alimentaria, respectivamente.

Los dos últimos artículos del dossier recogen precisamente los contenidos trabajados en dos de los talleres. De esta forma, **Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate** (OMAL) nos presenta uno de los principales hitos de la agenda de reconfiguración del capitalismo en el siglo XXI, la nueva oleada de tratados y acuerdos de comercio e inversión. Para el autor, estos tratados, que tienen como objetivo eliminar toda traba al comercio y a la inversión, son una ofensiva definitiva de mercantilización y dominación del espectro completo de la vida y, a través de ellos, se está implantando un gobierno de facto de las grandes empresas en un mercado global sin trabas.

En el último de los artículos del dossier, las compañeras de **Bizilur** nos hablan de la soberanía alimentaria como propuesta contrahegemónica fundamental para transitar hacia otros modelos de organización sociales, políticos y económicos y sobre el papel que pueden y deben jugar las políticas públicas para favorecer y facilitar estos cambios.

Como en otras ocasiones, cerramos el dossier con la sección «Para Saber más», en la que incluimos los vídeos completos de las jornadas «**Otra economía está en marcha**» y del especial de radio «La mundial ambulante» que los compañeros y compañeras del Colectivo La mundial emitieron en directo.

Finalmente, sólo cabe expresar nuestro más sincero agradecimiento a todas las personas que con su participación han hecho posibles, otro año más, las jornadas «**Otra economía está en marcha**» y este dossier y que trabajan incansablemente para ayudarnos a comprender y a transformar el orden económico y social actual y avanzar hacia una economía más justa. ■

Almudena Hernando Gonzalo

*Departamento de Prehistoria e Instituto de Investigaciones Feministas
de la Universidad Complutense de Madrid*

El texto que presentamos a continuación es un resumen de la conferencia de Almudena Hernando en las V Jornadas «Otra Economía Está En Marcha», celebradas los días 9 y 10 de marzo de 2018, y ha sido elaborado por M.^a Eugenia Callejón de la Sal (Economistas sin Fronteras).

Para entender la **identidad humana** resulta fundamental conocer cómo se construye. En mi caso, ha sido a través de procesos no voluntariamente planeados. Al trabajar con indígenas, me di cuenta de que ellos entienden la realidad de una forma completamente distinta a cómo la entiendo yo. Y eso me fue llevando a intentar comprender cómo entiende la gente la realidad en la que vive, que no se puede disociar de la manera en que cada uno nos entendemos dentro de la realidad.

Para empezar, hay que tener en cuenta esta premisa: **el universo es inabarcable para la mente humana**. Está integrado por demasiados fenómenos complejos que interrelacionan entre ellos de forma compleja. Si nosotros y cada ser humano fuera consciente de la enorme complejidad del mundo en el que vivimos, la angustia nos bloquearía, porque se nos haría evidente la impotencia de nuestra relación con el mundo. Sin embargo, ningún grupo humano se bloquea, porque hemos desarrollado mecanismos que nos hacen creer que somos fuertes y estamos seguros, y éstos son los mecanismos de la identidad.

Un mecanismo imprescindible para generar esta sensación de seguridad es **estar vinculados a un grupo de pertenencia**, pertenecer a una comunidad. Si el ser humano se situara solo frente al universo, se le haría evidente que no puede controlarlo y se angustiaría. Sin embargo, esto no se reconoce en todos los grupos humanos. Se reconoce tanto más cuanto menor control se tiene del mundo, cuanto menos explicación científica se tiene del mundo. Pero cuanto más control se tiene, menos se reconoce esa necesidad.

Sin embargo, el hecho de que no se reconozca la necesidad no quiere decir que no exista. Entender cómo se ha podido construir la fantasía de que existe un yo concebido aisladamente del resto del grupo, cuando esto es imposible, es entender el discurso principal de nuestra sociedad y es entender también el género.

¿Cuándo empieza a desarrollarse la idea de que los seres humanos podemos estar separados del grupo? ¿Cómo se va construyendo la idea del yo? El concepto de **individuo** sólo aparece como sinónimo de persona en el siglo XVII, cuando hay suficientes hombres con la sensación de que tienen capacidad de poder y de control como para que eso pase al discurso.

¿Cómo empieza este proceso? Según el sociólogo Norbert Elias, lo que él llama «el proceso de la civilización», la transformación histórica, consiste en un progresivo aumento de la división de funciones y de la especialización del trabajo. En un principio, los cazadores-recolectores, tanto del pasado como del presente, se caracterizan por su ausencia. Todos los hombres hacen lo mismo y todas las mujeres hacen lo mismo. Pero poco a poco fue multiplicándose la división de funciones. Aparece la agricultura, la artesanía, el comercio, la metalurgia... hasta llegar a la modernidad. En la modernidad existe el mayor número de funciones y especialización del trabajo conocidas, y eso ha hecho que, a medida que avanzaba el proceso histórico, cada persona del grupo social tuviera que relacionarse cada vez con más gente de niveles distintos al suyo. Dice Norbert Elias que, a medida que esto sucede en la sociedad, la gente tiene que acostumbrarse a expresar de forma diferente sus emociones, dependiendo de con quién esté. Así, a medida que avanza la complejidad socioeconómica, la gente se va acostumbrando a calcular el alcance de la expresión de sus emociones. Es un proceso gradual a través del cual se va abriendo paso la idea de que lo que realmente somos está contenido en nosotros mismos y que, tal

vez, no se lo podemos transmitir a nadie en su totalidad. Es la idea de que existe algo a lo que llamamos «yo», que está dentro de cada cual.

Este proceso se dispara cuando aparece la escritura. Es muy importante entender la trascendencia que tiene aprender a leer y escribir, porque transforma completamente la identidad, empodera e individualiza.

¿Qué es lo que hace la escritura? La escritura permite visualizar el pensamiento. Pero, ¿de dónde arranca el pensamiento? Arranca de un lugar que es la mente. Así, cuando aparece la escritura, aparece la conciencia de la mente, antes no hay conciencia de la mente. Claro que, aunque no haya escritura, la gente piensa y duda, pero las poblaciones orales creen que lo que piensan se lo cuentan los espíritus, los dioses o el cuerpo. La escritura permite tener la sensación de que existe algo que es la mente, que genera pensamientos, hay una sensación de agencia personal y, por tanto, de distancia con los demás.

Por otra parte, la escritura representa la realidad con signos que no pertenecen a la realidad. Con lo cual se establece una distancia entre la realidad y los signos y uno se puede relacionar sólo con los signos. Esto no existe en las poblaciones orales, donde no hay explicaciones de mecánicas abstractas generales, sino sólo explicaciones puntuales para cada fenómeno. Así, la escritura da sensación de control, porque permite explicar de una forma abstracta, y por tanto, predecir, el mundo; y, por otra parte, se asocia a la conciencia de la existencia de la mente, y por tanto, de la propia subjetividad.

El desarrollo de la explicación racional del mundo se asocia al aumento de la complejidad en la sociedad, lo que va haciendo que cada vez aumente más la distancia emocional entre los miembros del grupo social. Empieza a aparecer la sensación del «yo» —yo soy distinto del otro— y, por otra parte, la distancia entre la naturaleza humana y la no humana.

¿Cuál es el mecanismo por el que en la individualidad nos sentimos seguros? Lo que da seguridad en la individualidad, cuando tenemos una idea del yo, es explicar racionalmente el mundo. La seguridad viene de que cada vez se profundiza más en el modelo de explicación, cada vez se racionaliza más el mundo, por lo que no se teme **al cambio**, que va convirtiéndose en la base de la seguridad.

Esta idea sólo pasa a paradigma en el discurso histórico en el siglo XIX, cuando el mundo y la realidad se explican a través de los cambios.

Así que podríamos decir que el yo es una identidad que se construye de forma reflexiva, a través de los cambios y a través del tiempo. Pienso, luego existo. Yo soy lo que está en mi mente, pero además soy lo que ha sucedido conmigo a través del tiempo. Esto hace que la individualidad esté llena de ansiedad, porque la seguridad viene de haber podido cambiar y de seguir cambiando, de tener proyectos, para lo cual hay que generar deseos constantemente y ser capaces de satisfacerlos.

Así pues, tenemos un primer esquema: **la individualidad**, con las siguientes características: se construye a través del yo y es consciente de sí; se relaciona con el mundo a través de la razón; siente distancia emocional de la naturaleza humana y de la no humana; se asocia a la sensación de PODER sobre el mundo; se organiza a través de los cambios; el sujeto es el agente de su propio destino, se siente agente de su propio destino; y la seguridad procede de conocer los propios deseos y de tener capacidad para satisfacerlos. Te pones en posición de SUJETO de tu propia vida.

Ahora bien, cuando la sociedad no tiene división de funciones ni especialización del trabajo, cuando no hay escritura, no existe la dualidad entre el cuerpo y la mente, porque no hay mente, no hay conciencia de la mente. Así que todo pasa por el cuerpo, toda la identidad se construye a través del cuerpo, de la cultura material que utiliza y de las acciones que realiza: eres lo que pareces y lo que haces, y eso es lo que te va a definir, junto con los vínculos que tengas.

Cuando no hay escritura ni división de funciones, no se entienden las mecánicas abstractas que rigen la naturaleza no humana, no hay ciencia ni hay tecnología para controlarla, al tiempo que no hay diferencias interpersonales en la naturaleza humana. Aquí la identidad se construye por identificación con el resto del grupo, porque esa identificación es la que, además, hace que te sientas seguro frente a una naturaleza que no controlas. Esto es lo que denomino **identidad relacional**: cuando no hay escritura, ni tecnología, la identidad se construye en relación al grupo: tú eres sólo en tanto que parte de tu grupo, no puedes concebirte fuera de tu grupo, y esto se

visibiliza a través del cuerpo y la cultura material: todo el grupo tiene una apariencia común, como muestran los grupos de cazadores-recolectores, pero también las llamadas *tribus urbanas*.

Ésta es la identidad que tienen todos los hombres y mujeres al principio de las trayectorias históricas. Pero posteriormente, los hombres se van a individualizar y la identidad relacional queda para las mujeres: es lo que entendemos como **identidad de género femenina**: yo soy la hija de mi padre, la esposa de mi marido, la madre de mis hijos... Aquí la condición para sentirse seguro es no cambiar. La seguridad deriva de la ausencia de cambio, porque el cambio implica un riesgo.

Así pues, tenemos otro bloque de identidad: **la identidad relacional**, con las siguientes características: se construye a través de los vínculos; se relaciona con el mundo a través de la emoción; la persona no

siente distancia, se identifica, con la naturaleza humana y no humana; se asocia a la sensación de impotencia personal frente al mundo; rechaza los cambios; siempre existe una instancia protectora; y la seguridad procede de la satisfacción de los deseos de esa instancia: dios me va a proteger si cumpla sus deseos, te pones en posición de OBJETO de los deseos de la instancia sagrada.

Con lo cual tenemos dos modelos abstractos de identidad, dos polos abstractos de identidad.

¿Cuál es el discurso que rige actualmente en nuestra sociedad? Es el **discurso de la Ilustración**, que nos dice que la identidad relacional es la que caracteriza a los indígenas y que la identidad de la modernidad es la de la individualidad. Es decir, es el planteamiento evolucionista: hemos pasado de la identidad relacional a la identidad individualizada, que es la civilización.

DISCURSO DE LA ILUSTRACIÓN	
Indígenas	Modernidad
Se construye a través de los vínculos	Se construye a través del yo
Se relaciona con el mundo a través de la emoción	Se relaciona con el mundo a través de la razón
Se identifica con la naturaleza humana y no humana	Siente distancia emocional de la naturaleza humana y de la no humana
Se asocia a la sensación de IMPOTENCIA personal frente al mundo	Se asocia a la sensación de PODER sobre el mundo
Rechaza los cambios	Se organiza a través de los cambios
Siempre existe una instancia protectora	El sujeto es el agente de su propio destino
La seguridad procede de la satisfacción de los deseos de esa instancia. Posición de OBJETO	La seguridad procede de conocer los propios deseos y de tener capacidad para satisfacerlos. Posición de SUJETO

El discurso de la Ilustración nos dice que de dar importancia a la comunidad se fue pasando a dar importancia al individuo; que de dar importancia a los vínculos emocionales se fue pasando a dar importancia a la explicación racional; que de las actividades recurrentes se fue pasando a dar importancia a los cambios; de la sensación de impotencia a la de poder; y de cómo eran los indígenas a cómo somos en la civilización. Que una cosa es el atraso y la otra es el progreso.

Desde mi punto de vista, y estando de acuerdo con que todo lo que tiene que ver con la individualidad es el resultado de un proceso histórico que fue apareciendo gradualmente en los hombres, no porque

apareciera dejó de existir la identidad relacional. Es decir, no se fue pasando de la identidad relacional a la individualidad. La identidad relacional nunca desapareció, siempre estuvo en la base. Lo que sucedió es que dejó de reconocerse.

La identidad relacional no pudo dejar de existir por la simple razón de que la individualidad no se sostiene sola. No se puede sostener porque si uno realmente se quedara solo frente al mundo, se le haría evidente su impotencia y eso habría bloqueado la transformación. Todos sabemos que la vida no tiene sentido si sólo se piensa. La vida tiene sentido cuando se siente. Si no se tienen buenos vínculos emocionales, la vida no tiene sentido,

porque la individualidad es una carga demasiado pesada.

Por otra parte, ¿por qué los hombres lo negaron? El proceso de la individualidad sólo fue experimentado, hasta llegar a la modernidad, por los hombres. Mi opinión es que esto fue así porque ambas identidades se han construido de forma distinta. La individualidad es consciente de sí, se construye a través de la mente, a través de las ideas, de la sensación de agencia, se construye desde el poder y la consciencia del yo. Así que cuando los hombres fueron desarrollando la individualidad, empezaron a dar importancia sólo a esto, porque la identidad relacional no es consciente de sí. Sin embargo, no por no reconocerlo dejaron de construir identidad relacional. Todos los seres humanos individualizados construimos el «yo» a través de lo que somos, del pensamiento, de lo que tenemos dentro, pero seguimos construyendo identidad relacional a través del cuerpo y de la cultura material: a través de la *hexis* corporal, de la ornamentación, de la apariencia, de la moda que llevamos, de las acciones que realizamos y de los vínculos que nos sostienen. Algunos ejemplos de cómo la construimos a través del cuerpo, que es siempre identidad relacional, serían la manera de sentarnos, los tonos de voz similares dentro de una familia, que, de forma completamente inconsciente, llevan a identificarse con otros seres humanos y a construir vínculos sin ser consciente de ello, o la manera de saludarse, que también construye una determinada identidad relacional en cada sociedad; o las modas... Porque a través de la cultura material se construye identidad relacional.

La individualidad es una fantasía porque el ser humano no se puede sostener solo. Pero, ¿cómo se ha construido esta fantasía de la individualidad? Mediante dos mecanismos fundamentales: *a)* las relaciones desiguales de género y *b)* la adscripción a grupos de pares, dentro o fuera de su propio grupo.

Si bien al principio de todas las trayectorias históricas tanto hombres como mujeres tenían identidad relacional, poco a poco los hombres comenzaron a desarrollar determinados rasgos de individualiza-

ción. Sin embargo, llega un momento en que esos pequeñísimos grados de individualización inicial habrían empezado a desconectarles emocionalmente del mundo. Como no es posible perder la identidad relacional, porque es imprescindible, lo que hicieron los hombres fue impedir que las mujeres se individualizaran, porque si ellas seguían teniendo sólo identidad relacional, eso les garantizaría a ellos el vínculo que estaban dejando de cultivar. Eso son las **identidades de género**, que en mi opinión no hacen referencia sino a la diferencia en el grado de individualización de hombres y mujeres (que puede ser mayor o menor, dependiendo del grado de especialización y división de funciones del grupo): hasta la modernidad, la identidad de género femenina ha sido una identidad relacional, mientras que la desarrollada por los hombres era crecientemente individualizada.

La **identidad de género femenina** se construye a través de los vínculos, se relaciona con el mundo a través de la emoción, se asocia a la sensación de impotencia personal frente al mundo, rechaza los cambios, siempre existe una instancia protectora, que estará crecientemente encarnada por los hombres, además de la instancia

sagrada, y la seguridad procederá de la satisfacción de los deseos de esos hombres, poniéndose con ello las mujeres en la posición de «objeto» de los deseos masculinos.

Los hombres van desarrollando su individualidad, pero es un tipo de individualidad que yo denomino **dependiente** porque no puede sostenerse sin un apoyo emocional relacional subordinado, es decir, sin el complemento de la identidad de género femenina. ¿Por qué ese apoyo emocional está socialmente subordinado? Porque lo que se denomina «masculinidad hegemónica», la masculinidad patriarcal, sólo da importancia a lo que tiene que ver con la individualidad. Quien cumple el papel de la relación, la mujer, no es valorada socialmente, pero cuanto menos cultiva el hombre la relación, más la necesita, es decir, la necesita tanto más cuanto más la desprecia. Y quienes han construido el discurso histórico han sido los hombres con este tipo de identidad.

El segundo mecanismo de construcción del discurso consiste en la asociación, por parte de los hombres, en grupos de pares, ya que, a pesar de que fueron desarrollando una individualidad dependiente, también desarrollaban inconscientemente identidad relacional, que no se reconoce.

La ventaja que yo tengo por mi profesión como arqueóloga es que estoy acostumbrada a mirar la cultura desde el punto de vista de la cultura material, fijándome en lo que la gente hace y no en lo que la gente dice que hace. Mientras que la historia mira el discurso que la gente ha hecho sobre sí misma, la arqueología mira lo que esa gente ha hecho en realidad.

Cuando yo miro a los hombres y veo lo que han hecho, veo que las primeras élites, los primeros hombres que tienen claramente poder individualizado, aparecen aproximadamente en el 2500 a.C., coincidiendo con la aparición del cobre, en el Calcolítico. De esa época son los primeros enterramientos que en Europa presentan hombres enterrados de forma aislada, separados del grupo, y con ajuar de lujo. Ese ajuar (integrado por determinadas piezas de oro, cobre y marfil y una cerámica con una decoración muy particular) coincide a lo largo de toda Europa. Cuando no se tiene mirada de género, esto se interpreta como la evidencia de que existen buhoneros por toda Europa que van vendiendo artículos de lujo, o que las cerámicas viajan por Europa... Pero cuando se tiene mirada de género, cuando se está pensando en términos de identidad, se ven otras cosas y se entienden de otra manera lo que se ve.

Lo que se ve es que, cuando aparecen por primera vez jefes, o sea, hombres que se diferencian en la apariencia de su propio grupo y empiezan a tener una apariencia de lujo, resulta que se visten y decoran igual entre sí. Es decir, simultáneamente a la diferenciación respecto del resto de miembros de su grupo, se identifican con los jefes de los grupos vecinos a través de una apariencia común. Esto sig-

nifica que para salir de la identidad relacional de un determinado grupo se incluyen en otro grupo, que es el de los hombres con poder. El déficit de identificación con el propio grupo se compensa con la identificación con los pares. Esto lo han hecho los hombres a lo largo de toda la historia y esto es lo que yo llamo una **identidad relacional inconsciente**, que no pasa al discurso social, porque el discurso sólo reconoce lo que tiene que ver con la individualidad.

Lo que hacen, sin reconocerlo, los hombres patriarcales que se sienten individualizados y que tienen mujeres subordinadas es unificar su apariencia (por ejemplo, a través del traje de chaqueta y corbata en la actualidad), porque la identidad relacional es tan imprescindible que se actúa a través del cuerpo, pero, al no reflexionarse, no pasa al discurso.

El **orden económico neoliberal** en el que estamos es la expresión de una individualidad dependiente, la que han tenido los hombres a lo largo de la historia. Es un **orden patriarcal**. Este orden no se deriva de ninguna esencia o biologicismo, no tiene que ver con el cuerpo de las mujeres o de los hombres. El orden patriarcal es un orden lógico que sólo da importancia al yo, a la ciencia, la tecnología y el cambio, convenciéndonos de que esto es, únicamente, lo que nos sostiene y nos refuerza como grupo. De este modo, el discurso que rige nuestra sociedad niega la importancia de lo que, sin embargo, nos es imprescindible: la pertenencia a una comunidad y los vínculos humanos.

En mi opinión, la individualidad dependiente que ha caracterizado a los hombres sólo se ha sostenido a base de una **identidad relacional negada** tanto entre ellos mismos (a través de grupos de pares) como a través de la necesidad de vincularse a mujeres subordinadas con identidad de género femenina. Lo mismo ha ocurrido con la relación entre la naturaleza no humana y la naturaleza humana blanca:

sólo se contemplan las relaciones internas de la segunda, como si fuera posible sostenerlas sin la explotación de la naturaleza. Y es también lo mismo que ha pasado en las relaciones de occidente con los pueblos colonizados (donde no se reconoce la explotación de los segundos).

Nos movemos con un discurso que lo único que reconoce es uno de los niveles de lo que está sucediendo: el nivel que tiene que ver con el poder, con el cambio, con la individualidad dependiente. Pero ese nivel no es sustentable, no se puede sostener sin el otro nivel, al cual explota y niega.

Sin embargo, esa realidad en la que vivimos está cambiando porque algo en el discurso está cambiando. Y tiene que ver con las mujeres, con las **mujeres individualizadas en la modernidad**.

¿Qué ha pasado con las mujeres cuando llegó la modernidad? Que empezaron a leer y a escribir, a tener formación superior y, por tanto, a individualizarse y a empoderarse. Pero ellas no podían negar la identidad relacional, porque los hombres no estaban socializados para servirles a ellas de apoyo emocional, y, además, no querían abandonarla, porque sabían que lo que da sentido a la vida es sentirla, es la parte relacional. Así que las mujeres no quieren y no pueden dejar la identidad relacional. Por tanto, lo que han hecho las mujeres en la modernidad es combinar dos formas de identidad que son contradictorias. Esto es lo que yo llamo **individualidad independiente**, en la que una misma persona se ocupa de su «yo» y de sus relaciones en la misma medida. Bajo mi punto de vista, es la única forma de identidad que permite relaciones de igualdad.

MUJERES INDIVIDUALIZADAS EN LA MODERNIDAD

Individualidad independiente

Individualidad independiente	
Identidad relacional (importancia de los vínculos y la comunidad)	Identidad basada en el yo (individualidad)
Relación emocional con la realidad	Relación racional con la realidad
Seguridad derivada de una instancia protectora	Seguridad puesta en la ciencia y la tecnología
Recurrencia como condición de la seguridad	Cambio como condición de la seguridad
No pueden negarlo	Nos reafirma

Ahora bien, esta identidad está hecha de contradicción, porque junta dos formas de identidad que son contradictorias. Pero hay que asumir la contradicción como la condición de este tipo de identidad, que es la más potente que hay, porque reconoce lo que es verdad: que, por un lado, la individualidad nos da potencia y, por otro lado, que esto es absolutamente insostenible sin la comunidad y los vínculos bien contruidos.

¿Qué es para mí una economía alejada del orden neoliberal? ¿Qué es para mí un **orden económico no neoliberal**? Pues sería un tipo de economía que diera importancia tanto a lo comunitario como a lo individual. Estamos individualizados, la sociedad está individualizada, tenemos una idea del yo, y eso

hay que atenderlo, porque además eso es lo que te da fuerza para que nadie te domine. Pero sin atender a lo comunitario, a la necesidad de los vínculos, de las actividades recurrentes, el orden no se sostiene, enfermando a las personas que lo reproducen.

El orden económico al que se debe tender, el único que puede diseñar un futuro sustentable, es el que da cabida a los dos aspectos de la identidad humana. Para lograrlo, es necesario pasar al nivel del discurso todo lo que es verdad en el ser humano, no sólo su potencia, sino también su necesidad de vincularse a los demás. Y si esto sucede, habrá que asumir la contradicción como parte de la dinámica social, pues estaremos conjugando dos modos estructuralmente contradictorios de identidad. ■

Yayo Herrero López
Ecologistas en Acción

En los años 70, el *Informe Meadows* alertaba sobre los límites al crecimiento y la inviabilidad física de un metabolismo económico que pretendiese crecer de forma permanente a costa de los recursos finitos del planeta Tierra.

Cuatro décadas después, los signos de extralimitación son evidentes. Los ciclos naturales que regulan los equilibrios dinámicos de la biosfera se encuentran profundamente alterados. La biocapacidad de la tierra ha sido superada. La humanidad ha pasado de habitar un mundo vacío a vivir en un mundo *lleno* (Daly, 1997). Ha sucedido algo inimaginable para el conjunto de las personas que han vivido hasta el momento: el metabolismo de la economía global ha superado la biocapacidad de la tierra. Los seres humanos ya no viven de lo que la naturaleza regenera de forma cíclica, sino que se sostienen destruyendo las bases que permiten esa regeneración.

La humanidad, en un futuro ya muy cercano, tendrá que vivir forzosamente con menos energía y materiales. La necesidad de reconvertir el metabolismo de la economía es urgente y es preciso impulsar un debate social que permita afrontar la urgencia de estas transiciones y realizar propuestas viables en lo biofísico y justas en lo socioeconómico.

Y hablar de un mundo lleno, conduce a pensar en un mundo sin alrededores. Los límites físicos del planeta y los procesos de globalización económica, política y cultural nos llevan a la idea de que el mundo se ha quedado sin alrededores, sin márgenes, sin afueras, sin extrarradios (Innerarity, 2004).

En un mundo sin alrededores, en el que la crisis afecta a prácticamente todas las dimensiones de la vida, la interdependencia es una realidad insoslayable de la que depende la supervivencia de la especie humana. Para superar esta difícil situación, nos enfrentamos a la necesidad de cooperar y articular estrategias colectivas.

Sólo se podrá salir de una forma digna de esta crisis planteando otras preguntas: cómo debemos habitar la tierra; qué mantiene vivas a las personas y, por tanto, qué debemos conservar; cuáles son las necesidades que hay que satisfacer para todas; cómo se producen y distribuyen los bienes y el tiempo de trabajo; quiénes y cómo toman las decisiones en nuestras sociedades...

La perspectiva ecofeminista proporciona claves, creemos, necesarias para repensar las contradicciones actuales, revertir los imaginarios dominantes y proponer nuevas formas de relación con la naturaleza y entre las personas que permitan caminar hacia una cultura de paz que pise ligeramente sobre la tierra (Shiva, 2006).

Ecodependientes e interdependientes

Construida sobre cimientos patriarcales, antropocéntricos y capitalistas, la arquitectura de nuestras sociedades actuales pone en riesgo los equilibrios ecológicos que permiten la vida humana, dificulta las relaciones de interdependencia que nos sostienen como humanidad y amenaza con provocar un verdadero naufragio antropológico.

El pensamiento occidental se ha desarrollado ignorando las bases materiales que sostienen la vida y alimentando el mito de una pretendida individualidad de cada persona con respecto a las demás y de todas ellas con respecto a la naturaleza. Sin embargo, las personas dependemos insoslayablemente de la capacidad regenerativa de la tierra y del tiempo que otras personas nos dedican.

Somos seres radicalmente ecodependientes, y pensar la vida humana y la economía al margen de la naturaleza es simplemente una quimera. Las relaciones de ecodependencia nos llevan de forma directa a tomar conciencia de la naturaleza limitada de la biosfera.

Existen nueve límites planetarios en los procesos biofísicos que son fundamentales para garantizar la continuidad de los procesos de la naturaleza. Estos nueve límites, interdependientes entre ellos, marcan el campo de juego dentro de los cuales la humanidad puede desenvolverse con cierta estabilidad (Rockström *et al.*, 2009). Sobrepasarlos nos aboca a una situación de incertidumbre y puede desencadenar cambios a gran escala y velocidad que conduzcan a otras condiciones naturales menos favorables para la vida humana.

En el momento actual, cuatro de estos nueve límites están sobrepasados. El metabolismo económico no se sostiene sobre lo que la naturaleza es capaz de regenerar, sino que directamente crece a costa de la destrucción de la base material.

Pero, además de ser ecodependientes, cada persona presenta una profunda dependencia de otros seres humanos.

Somos seres inmanentes y finitos que vivimos encarnados en cuerpos vulnerables. La inmanencia obliga a pensar en la interdependencia. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital —primera infancia, la vejez, los momentos de enfermedad—, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras dedican tiempo y energía al cuidado de nuestros cuerpos.

En las sociedades patriarcales, quienes se han ocupado mayoritariamente del trabajo de atención y cuidado de los cuerpos vulnerables son mayoritariamente las mujeres, no porque estén esencialmente mejor constituidas para ello, sino porque ése es el rol que impone la división sexual del trabajo. Y realizan este trabajo en el espacio privado e invisible de los hogares, regido por la lógica de la institución familiar.

La invisibilidad de la ecodependencia, que conduce al agotamiento de recursos finitos y a la alteración de las dinámicas que regulan los equilibrios dinámicos de la biosfera, caracteriza a las sociedades antie-

cológicas. La invisibilidad de la interdependencia, la desvalorización de la centralidad material y antropológica de los vínculos y las relaciones entre las personas y la subordinación de las emociones a la pretendida razón, son rasgos esenciales de las sociedades patriarcales (Hernando, 2012).

El sistema económico capitalista y todo el almacén cultural que le acompaña se han desarrollado en contradicción con las dos dependencias materiales que permiten la vida. Crecen sin observar límites a costa de la destrucción de lo que precisamente necesitamos para sostenernos en el tiempo. Se basan en una creencia peligrosa para el futuro de los seres humanos: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas.

El sistema económico capitalista y todo el almacén cultural que le acompaña se han desarrollado en contradicción con las dos dependencias materiales que permiten la vida. Crecen sin observar límites a costa de la destrucción de lo que precisamente necesitamos para sostenernos en el tiempo. Se basan en una creencia peligrosa para el futuro de los seres humanos: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas.

Transformar ese orden simbólico y material requiere una reflexión y una práctica completamente diferentes. Por una parte, es necesario analizar y comprender sobre qué piso se sostiene nuestra cultura, cuáles son los dogmas, mitos y creencias a través de los que interpretamos y actuamos en todo lo que nos rodea para intentar influir en los imaginarios que los sostienen.

Una producción desconectada del mantenimiento de la vida

Para construir una economía adecuada a los seres humanos, la producción tiene que ser una categoría ligada al mantenimiento de la vida y al bienestar de las personas (Pérez Orozco, 2006). Hay producciones que son socialmente necesarias y otras que son socialmente indeseables, por más duro que resulte denunciarlo y asumirlo en un momento en el que el desempleo está desbocado. Distinguir entre ambas es imprescindible si no se quiere hacer más profundo el hoyo en el que ya se encuentran muchos sectores de actividad económica y si se pretende reconvertir el modelo productivo antes de que sea inviable hacerlo desde el punto de vista físico.

La economía convencional postula que el capital es el motor de crecimiento económico y que puede

sustituir a los otros dos factores de producción: la tierra y el trabajo. Al reducir el concepto de valor al de precio, se ha olvidado la dimensión regenerativa y cíclica de la producción orgánica. Se ha pasado a hablar de «producción» de hierro, petróleo o cobre, aunque ésta mal llamada producción esconde una mera venta con beneficio de riqueza finita preexistente (Naredo, 2006), ya que el hierro, el petróleo o el cobre no se pueden producir, simplemente existen y se extraen.

En la economía convencional, el concepto de producción no está ligado a la satisfacción de las necesidades humanas y a la generación de valores de uso, sino que se orienta a los valores de cambio. El valor de un bien o de un servicio está ligado a su capacidad de incrementar las ganancias y no a la de satisfacer necesidades humanas.

Los procesos de colonización y sometimiento de otros pueblos, la disponibilidad de energía fósil barata o los adelantos tecnológicos que permitieron incrementar los flujos de energía y materiales en algunas zonas del planeta a costa del expolio y extracción en otras zonas, fueron algunas de las palancas que permitieron superar los límites que imponía cada territorio.

Algunas zonas, las denominadas desarrolladas, han podido superar su capacidad de carga y vivir por encima de lo que les posibilitaban sus propios territorios, convirtiéndose en economías parasitarias que crecen devorando recursos y destruyendo ecosistemas lejanos.

La invisibilización del agotamiento y el deterioro de la capacidad de regeneración de la naturaleza y del inmenso trabajo de reproducción cotidiana de la vida ha permitido construir el dogma intocable de la economía convencional: el que defiende que cualquier crecimiento económico, independientemente

de la naturaleza de la actividad que lo sostiene, constituye la única forma de garantizar el bienestar social.

Una noción de trabajo empobrecida y descafeinada

La desconexión de la esfera mercantil y la de la vida redujo la noción de trabajo humano al empleo. La capacidad de trabajo como potencia del ser perdió fuerza, desplazándose el peso hacia el empleo, ámbito en el que el generador de riqueza no era la persona que trabajaba, sino la que empleaba. Se produce una cesión simbólica de poder desde quien tiene la potencia de trabajo a quien tiene la posibilidad de emplear (Mora, 2013).

La nueva economía transformó el trabajo y la tierra en mercancías y comenzaron a ser tratados como si hubiesen sido producidos para ser vendidos. Pero ni la tierra ni el trabajo son mercancías, porque, o no han sido producidas —como es el caso de la tierra— o no han sido producidas para ser vendidas —como es el caso del trabajo. Se puede entender el alcance de esta Gran Transformación si se recuerda que «trabajo no es más que un sinónimo de persona y tierra no es más que un sinónimo de naturaleza» (Polanyi, 1992).

La nueva noción del trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y el automatismo exigidos por la disciplina del trabajo capitalista (Federeci, 2010), el cuerpo se convierte en una maquinaria de trabajo. Y su

regeneración y reproducción no es responsabilidad de la economía, que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, fuera de la mirada pública, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones desvalorizadas, a pesar de que sean tan imprescindibles tanto para la supervivencia digna como para la propia reproducción de la producción capitalista (Carrasco, 2009).

La nueva noción del trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y el automatismo exigidos por la disciplina del trabajo capitalista (Federeci, 2010), el cuerpo se convierte en una maquinaria de trabajo. Y su regeneración y reproducción no es responsabilidad de la economía, que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, fuera de la mirada pública, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones desvalorizadas, a pesar de que sean tan imprescindibles tanto para la supervivencia digna como para la propia reproducción de la producción capitalista (Carrasco, 2009).

La producción de vida es una precondition para la producción mercantil; por ello, el trabajo oculto de las mujeres y la explotación de la naturaleza son esenciales para «producir» las propias condiciones de producción (Mellor, 2000). El trabajo bajo la lógica capitalista sólo puede ser productivo, en el sentido de producir excedente, mientras pueda obtener, extraer, explotar y apropiarse trabajo empleado en producir vida o subsistencia.

Apuntes para la reconstrucción

Sólo se podrá salir de una forma digna de esta crisis global planteando las preguntas adecuadas: qué mantiene vivas a las personas y, por tanto, qué debemos conservar; cuáles son las necesidades que hay que satisfacer para todas; cómo se distribuyen los bienes y el tiempo de trabajo; quiénes y cómo toman las decisiones en nuestras sociedades; en qué conviene utilizar los recursos escasos.

El primero de los condicionantes tiene que ver con el inevitable decrecimiento de la esfera material de la economía. No es un principio que se pueda o no compartir; es más bien un dato contra el que es inútil y peligroso rebelarse. Se decrecerá materialmente por las buenas —es decir, de forma planificada, democrática y justa— o por las malas —por la vía de que cada vez menos personas, las que tienen poder económico y/o militar, sigan sosteniendo su estilo de vida a costa de que cada vez más gente no pueda acceder a los mínimos materiales de existencia digna.

Si asumimos la superación de los límites del planeta, es obvio que no va ser posible reactivar un crecimiento económico construido sobre las mismas bases materiales que el que existió en las últimas décadas. No nos encontramos en la sociedad de después de la Segunda Guerra Mundial, con un poder contrahegemónico al capitalismo y con fuentes de energía fósil abundantes y baratas. Pensar en este horizonte por fuerza más austero en lo material es una obligación para todos los movimientos sociales que tengan la emancipación y el bienestar

humanos como objetivo; esto incluye al movimiento obrero.

El segundo, tiene que ver con la interdependencia. Habitualmente, el concepto de dependencia se suele asociar a la crianza, a la atención de personas enfermas o con alguna diversidad funcional. Sin embargo, la dependencia no es algo específico de determinados grupos de población, sino que, como expone Carrasco, «es la representación de nuestra vulnerabilidad; es algo inherente a la condición humana, como el nacimiento y la muerte» (Carrasco, 2009: 178).

Aceptar la interdependencia, condición para la existencia de humanidad, en sociedades no patriarcales

supone que la sociedad en su conjunto se tiene que hacer responsable del bienestar y de la reproducción sociales. Ello obliga a cambiar la noción de trabajo, a reorganizar los tiempos de las personas y a priorizar los servicios públicos.

supone que la sociedad en su conjunto se tiene que hacer responsable del bienestar y de la reproducción sociales. Ello obliga a cambiar la noción de trabajo, a reorganizar los tiempos de las personas y a priorizar los servicios públicos.

Un tercer nodo es el reparto de la riqueza. Si tenemos un planeta con recursos limitados, que además están parcialmente degradados y son decrecientes, la única posibilidad de justicia es la distribución de la riqueza.

Luchar contra la pobreza es lo mismo que luchar contra el acaparamiento de riqueza. Será obligado, entonces, desacralizar la propiedad y cuestionar la legitimidad de la propiedad ligada a la acumulación.

El cuarto elemento es el que introduce una mayor angustia, y tiene que ver con la urgencia. Algunas de las dimensiones de la crisis actual, sobre todo las que tienen que ver con la ecología y los recursos, requieren actuaciones y transformaciones urgentes. De no acometer las transiciones en plazos cortos, puede que llegue un momento en el que sea físicamente inviable la reconversión del metabolismo económico para dar satisfacción a las necesidades de las mayorías sociales.

La reconversión de la economía bajo esta lógica implicará dar respuesta a preguntas básicas: ¿qué necesidades hay que satisfacer para todas las personas?, ¿cuáles son las producciones necesarias para

que se puedan satisfacer esas necesidades?, ¿cuáles son los trabajos socialmente necesarios para lograr esas producciones?

Se podría decir que, igual que las dinámicas de la naturaleza y los flujos de energía y materiales se enfrentan de forma constante a la degradación y luchan contra el aumento de la entropía, los trabajos de cuidados, realizados esencialmente por las mujeres, reconstruyen constantemente, ante la tendencia al desorden, la suciedad, la degradación de los cuerpos y el abandono afectivo.

Bibliografía

- Braudel, Fernand (1985): *La dinámica del capitalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Carrasco, Cristina (2009): «Mujeres, sostenibilidad y deuda social», *Revista de Educación*, número extraordinario, 2009, Madrid: Ministerio de Educación.
- Federeci, Silvia (2010): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Herrero, Yayo (2013): «Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible», *Revista de Economía Crítica*, n.º 16.
- Mies, María, y Shiva, Vandana (1998): *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*. Barcelona: Icaria.
- Mellor, Mary (2000): *Feminismo y ecología*. México: Siglo XXI.
- Mora, Laura (2013): «El trabajo con sentido en proyecto constituyente». Madrid: *Papeles*, n.º 122.
- Naredo, José Manuel (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- Pérez Orozco, Amaia. (2006): *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, Colección Estudios, 190.
- Polanyi, Karl (1992). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (1944) México: Fondo de Cultura Económica.
- Rockström, Johan (2009) «Planetary boundaries: exploring de safe operating space for Humanity», *Ecology and Society*, vol.14, núm. 2. ■

Santiago Alba Rico
Filósofo y escritor

Todas las sociedades pre-capitalistas se resignaron a la necesidad del «consumo» como un tributo destructivo a la reproducción de la vida; pero en su lucha contra el tiempo introdujeron mundo en el mundo a través de toda una serie de objetos declarados incomedibles: objetos para el uso y objetos para la mirada, cuyo conjunto definía el recinto de la cultura (por oposición a la naturaleza). Su victoria sobre el tiempo tenía forma de hacha, de zapatos, de poema, de templo. Pues bien, allí donde parece que lo que define a nuestra sociedad «de consumo» es la abundancia o el exceso de cosas, lo que hay es más bien, de manera paradójica, una anulación progresiva de *la cosa misma* como efecto de la acelerada renovación de las mercancías en el mercado y de un formato tecnológico que contribuye a sustituir las mediaciones por fluidos: el tributo destructivo —el eslabón animal— ciñe ahora la totalidad de la existencia, tanto en el ámbito público como en el privado. A lo largo de la historia los seres humanos han conocido sociedades sin petróleo, sin hierro o sin escritura; por primera vez estamos a punto de vivir en *una sociedad sin cosas*. Sin ellas, la victoria capitalista sobre el tiempo coincide con el tiempo mismo y con su duración sin costuras, como en la entraña de un reloj o en los anillos de una lombriz.

(...)

¿Por qué defender las cosas?

Las cosas resisten y están en medio. Ni las constituimos ni las destituimos: las usamos o las miramos. Nos comprometen. Son interesantes; nos interesan. Son mediaciones más o menos estables que nos vinculan con los otros. (...) Nos atan al mundo y a los otros cuerpos. Pero al acelerarlas, dejan de ser

«objetos espaciales» para convertirse en «objetos temporales», disueltos en el flujo sincrónico del Tiempo como si se tratase de «segundos» y «minutos» y no ya de paraguas, mesas, libros, montañas, zapatos, novios, niños. (...) Nuestra mirada y nuestra capacidad de atención son también limitadas y finitas. No podemos interesarnos por todos los árboles del mundo por mucho que los hayamos metido, uno a uno, imagen tras imagen, en nuestra cámara digital. No se puede amar a todo el mundo ni tener un millón de amigos. Por decirlo a modo de paradoja, *lo que no se puede mirar se convierte en imagen*. Acelerar el mundo es desentendernos de él. Es lo que he llamado en otro sitio «el nihilismo espontáneo de la percepción»: como el piloto del bombardero, sólo miramos lo que está a punto de desaparecer y nuestra mirada y su desaparición coinciden de tal modo en el tiempo que casi podemos decir que sólo miramos lo que desaparece y que desaparece porque lo miramos. Ahora la mirada también tiene dientes.¹

Las cosas son relatos y manuales de instrucciones. Son nuestra memoria fuera del cuerpo, *entre* los cuerpos. En el objeto manufacturado, es verdad, olvidamos el trabajo del orfebre o del carpintero (por no hablar del del obrero). Pero ese objeto, olvidado materializado, es también —porque se ha materializado— el relato deformado de su fabricación. Nos cuenta su historia y también la de su usuario, incorporada a la curvatura de su asiento y a la inclinación de su respaldo; y además nos explica *cómo hacer una silla*. Las cosas son, en efecto, cuento y manual: tiempo detenido, memoria petrificada ante nuestros ojos, el pasaje grumoso entre el pasado y el futuro que reúne en un coágulo, en una concreción duradera, el engaño placentero y el conocimiento veraz. Por eso Marx podía hablar de «fetichismo»: las cosas, encantadas en mercancías, pueden ser un jeroglífico, un relato cifrado que hay que desenmas-

*. Texto extractado del libro *¿Podemos seguir siendo de izquierdas? Panfleto en sí menor*, de Santiago Alba Rico, Pol.lens Edicions, Barcelona, 2014. Cedido para su publicación por el autor.

1. Santiago Alba Rico, *Capitalismo y nihilismo. Dialéctica del hambre y la mirada*, Akal, Madrid, 2007.

carar y traducir. Hoy el acelerón tecnológico y mercantil nos ha llevado aún más lejos: al derretirlas, nos impide apoyar en ellas ningún relato, ni bueno ni malo; la memoria se nos va por el desagüe de la obsolescencia programada y de la liviandad material; es decir, de la autodestrucción ininterrumpida. La explotación intensiva del tiempo en la producción, en efecto, tiene su paralelo necesario en la aceleración del consumo y por lo tanto en la licuefacción de las mercancías —que son «mercancías» y no «cosas» precisamente por eso. (...) La victoria sobre el tiempo es la victoria del tiempo. Somos, como decía Gunther Anders, hombres-sin-mundo: puro tiempo comercializado.

Las cosas, que resisten un poco, *acaban por morir*. Son frágiles. Son insustituibles. Son —tarde o temprano— irreparables. Son finitas. Podemos encontrar en el mercado *una silla igual, pero no la misma silla*. En este sentido, nuestra condición tantas veces negada de sujetos (de razón o de derechos) no debe hacernos olvidar que los seres humanos somos también cosas, como los vasos y el papel; es decir, objetos de cuidados. (...) Curiosamente la sociedad que más ha fragilizado el mundo es la que más ha generado la ilusión subjetiva de victoria sobre la naturaleza y de inmortalidad. Ahora bien, ninguna ilusión médica o tecnológica, ninguna fantasía de trabajo inmaterial, podrá jamás liberarnos del trabajo de los cuidados. Sin trabajo no hay humanidad. Peinarse es un trabajo; peinar a un niño es el trabajo que da valor a su pelo y que vuelve irrenunciable su existencia. Todos derivamos nuestro valor objetivo —en cuanto que objetos humanos— del trabajo material de los demás sobre nuestro cuerpo.

¿Puede ya adivinarse qué significa para la condición antropológica de la humanidad la desaparición de las cosas? Es la muerte de las tres facultades «neolíticas» —la razón, la imaginación y la memoria— y el fin de la «mesopotamia» de la evolución, desde donde podía hallarse aún un camino hacia la democracia y la igualdad. El mundo se vuelve impensable, irrepresentable e in-memorizable. Nos importa muy poco, por tanto, su destino e incluso su supervivencia. Ni siquiera nos parece bello. A fuerza de explotar la fuente de todo valor, el capitalismo ha secado de raíz todos los valores. El ámbito del consumo, al que se ha desplazado el eje de la construcción de la subjetividad, está tan proletarizado —dice con razón Stiegler— como el de la producción, pero solo pone en relación, al contrario que la fábrica,

conciencias individuales con flujos temporales impersonales: es lo que él llama «miseria simbólica».²

¿Estamos, pues, perdidos? ¿No podemos recuperar las cosas? La dificultad estriba en que no se trata de una cuestión política soluble en un aumento de la conciencia; la conciencia puede hacer poco contra un dispositivo material destituyente. Tenemos que afrontar, de entrada, esta cuádruple paradoja:

- La paradoja de que la lucha capitalista contra el tiempo nos disuelve subjetivamente en el tiempo.
- La paradoja de que la destrucción capitalista de la naturaleza nos hace sentir subjetivamente indestructibles.
- La paradoja de que el desencantamiento capitalista del mundo convierte el desencanto subjetivo en un nuevo e irresistible lazo mundano.
- La paradoja de que la explotación capitalista del cuerpo por medios tecnológicos nos desplaza subjetivamente fuera de él.

(...)

Los cuerpos son también cosas

¿Cuánto vale, pues, una vida humana? Una forma de calcularlo es la que utilizaron los abogados de la multinacional Union Carbide para fijar las indemnizaciones a las víctimas del desastre de Bhopal en 1984. Si la renta per capita de la India es (lo era en ese entonces) de 250 dólares, mientras que la de los EE. UU. supera los 15000, podemos concluir que el valor medio de una «vida india» es de 8300 dólares, mientras que el de una «vida estadounidense» asciende a 500.000. Las casas de seguro utilizan habitualmente este tipo de evaluaciones para aumentar sus márgenes de beneficios. Otra posibilidad, que juzgamos más bárbara, es la de esos sistemas «primitivos» de equivalentes que llamamos «venganza». La forma más extrema es el Talión («ojo por ojo, diente por diente»), aunque hay otras más benignas en distintos pueblos de la tierra que permiten cambiar una vida humana, por ejemplo, por cuatro ovejas, o la pérdida de un miembro por

2. Me he ocupado de esta volatilización de las cosas y de sus consecuencias sociales en muchos de mis libros: *Las reglas del Caos*, *La ciudad intangible*, *Capitalismo y Nihilismo* y *El naufragio del Hombre*, entre otros.

un pedazo de tierra o una mujer en edad fértil. La Sociedad, y no sólo la Historia, pueden ser terribles.

En definitiva, cuando calculamos el valor de la vida humana solemos recurrir a «expresiones dinerarias»; es decir, a formas contables exteriores mediante las cuales tratamos de asir una cantidad inconmensurable: dinero, ganado, mercancías. Pero, ¿cuál es el valor del dinero, el ganado y las mercancías?

Como sabemos, David Ricardo y Adam Smith fueron los primeros en formular en el molde de una ley una relación que todos los pueblos aceptaban intuitivamente en sus trueques y mercadeos: la que asocia el «valor» de un objeto a una determinada combinación de Tiempo y Trabajo. Luego, Karl Marx afinó esta formulación precisando la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo e identificando el valor de una mercancía con «el tiempo socialmente necesario para su producción». A partir de ahí Marx dedujo una forma objetiva y paradójica de explotación, independiente de los latigazos y los capataces, escondida en una cifra positiva y apetecible: el salario. Marx nunca olvidó la condición previa («la fuente de toda riqueza es la naturaleza y no el trabajo», corrigió a sus compañeros en el *Programa de Gotha*), pero digamos que elevó a categoría «científica» una cenestesia subjetiva elemental: la de que un objeto vale tanto más cuando más tiempo y esfuerzo hemos dedicado a elaborarlo o fabricarlo.

El problema estriba en saber cuánto vale la mercancía llamada «fuerza de trabajo»; es decir, la vida humana trasladada al objeto. Para eso, Marx aplicó la lógica valor/trabajo y demostró que, si una mercancía vale tanto como el trabajo socialmente necesario invertido en su producción, la «vida humana» vale tanto como el conjunto de las mercancías indispensables para su (re)producción: pan, calzado, un lecho, todo lo necesario, en fin, para renovar las energías físicas del trabajador, de manera que esté

El problema estriba en saber cuánto vale la mercancía llamada «fuerza de trabajo»; es decir, la vida humana trasladada al objeto. Para eso, Marx aplicó la lógica valor/trabajo y demostró que, si una mercancía vale tanto como el trabajo socialmente necesario invertido en su producción, la «vida humana» vale tanto como el conjunto de las mercancías indispensables para su (re)producción: pan, calzado, un lecho, todo lo necesario, en fin, para renovar las energías físicas del trabajador, de manera que esté en condiciones, todas las mañanas, para emprender una nueva jornada laboral.

en condiciones, todas las mañanas, para emprender una nueva jornada laboral. El hecho de que el capitalismo (no Marx) calcule de esta manera el valor de la vida humana plantea un doble dilema, uno ético y otro lógico. El ético parece evidente, pues este «cálculo» (el de las mercancías básicas que permiten la reproducción de una vida desnuda) trata al ser humano como si fuera una mercancía más. Pero ilumina también una paradoja, en la medida en que esa

mercancía se diferencia de las otras mercancías en que es la única cuyo valor se define estrictamente en el mercado. En efecto, mientras que el valor —digamos— de una mesa o de un automóvil procede de la «fuerza de trabajo» humana invertida en su producción (que es una «fuerza» exterior añadida a los procesos productivos), el valor de esa «fuerza» se fija en relación con las mercancías que ella misma ha producido.

Pero esta paradoja responde de algún modo a la pregunta fundamental: ¿no tiene el ser humano ningún valor propio, ningún valor autónomo? El capitalismo le reconocerá uno: precisamente su capacidad para «valorizar», a través de la combinación tiempo/

trabajo, la materia muerta o, lo que es lo mismo, para producir riqueza capitalista. La «fuerza de trabajo» es una mercancía peculiar que, lejos de consumirse con el uso, añade valor a las mercancías que produce. El resultado, lo sabemos, es que esta potencia mágica del ser humano para *dar valor* se traduce, en condiciones de explotación de clase, en una desvalorización radical del ser humano. Cuanto más valoriza lo que toca, más se desvaloriza él mismo y al final, precisamente porque es la fuente de todo valor, es la única mercancía que no vale nada. O sólo 8.300 dólares, como en el caso de los trabajadores indios asesinados por la Union Carbide.

En todo caso, creo que debemos renunciar a demostrar el valor autónomo de la vida humana. Si el ser humano vale algo debe ser, sin duda, al igual que en

el caso de los objetos que produce, *por algo que se le ha hecho a él*. (...) El ser humano tiene un valor inmenso y lo tiene, en efecto, porque es *el resultado de un trabajo*. Pero de un trabajo realizado fuera y antes del mercado; de un trabajo que han hecho siempre o casi siempre las mujeres: los cuidados. El cuerpo humano no es sagrado, sino frágil, y su fragilidad lo convierte en un objeto —lo contrario de una mercancía— cuya supervivencia depende de la atención ajena. Si no se puede matar sin horror a un ser humano, si su existencia es irremplazable no es porque el ser humano tenga la capacidad de valorizar la materia muerta, sino porque ha sido valorizado, despertado a la vida, por otro ser humano que casi siempre es una «mujer»: ha sido alimentado, limpiado, peinado, curado, acariciado, protegido por otras manos, en un trabajo entre cuerpos del que se desprende ese valor incalculable, inasible, sin equivalente, sobre el que se levantan la ética y el Derecho, las cuales tienen, como decíamos más arriba, un fundamento en la razón y otra en *la atención*.

La atención y los cuidados son femeninos —muy probablemente— porque los hombres las han puesto, mediante la fuerza (al menos «en su raíz»), en una situación en la que sin su atención y sin sus cuidados no habría reproducción material de la sociedad. El amor nace de ahí, de esa atención y esos cuidados —digamos— «forzados», los cuales vuelven valiosos los cuerpos. No podemos despreciar ni las hormonas ni el embarazo —el carácter físico de la maternidad—, pero podemos decir, en todo caso, que la Madre es también un proceso de precipitación histórica —como se habla de una precipitación química— definido por este esfuerzo de valorización atenta de los cuerpos. Es más fácil ser razonables (aunque no es tan frecuente), pero todos podemos ser también Madres. Podemos desconectar la maternidad —como atención y cuidados— de la violencia del parto y de la violencia del patriarcado. Nadie ha explicado esto mejor que Yayo Herrero, una de las voces más brillantes, sensatas y rigurosas

La atención y los cuidados son femeninos —muy probablemente— porque los hombres las han puesto, mediante la fuerza (al menos «en su raíz»), en una situación en la que sin su atención y sin sus cuidados no habría reproducción material de la sociedad. [...]

del ecofeminismo en España: «La historia de las mujeres les ha abocado a realizar aprendizajes, recreados y mejorados generación tras generación, que sirven para enfrentarse a la destrucción y hacer posible la vida. (...) Su posición de sometimiento también ha sido al tiempo una posición en cierto modo privilegiada para poder construir conocimientos relativos a la crianza, la alimentación, la salud, la agricultura, la protección, los afectos, la compañía, la ética, la cohesión comunitaria, la educación y la defensa del medio natural que permite la vida. Sus conocimientos han demostrado ser más acordes con la pervivencia de la especie que los contruidos y practicados por la cultura patriarcal y por el mercado».³

(...)

En definitiva: no cuidamos los cuerpos humanos porque tengan valor, sino que, al contrario, adquieren valor en la medida en que los cuidamos y los tocamos y los miramos; en la medida, en definitiva, en que los *trabajamos*. Por eso quizás hay más maltratadores masculinos que femeninos y por eso quizás hay tantas mujeres prisioneras de sus verdugos: porque es casi imposible no querer a aquél al que has lavado los calcetines y preparado la comida, aunque te maltrate, y es casi imposible no querer, y casi imposible no maltratar, a quien has mirado poco, tocado mal y cuidado nunca. Es esto lo que une, en una intersección de paradójico desprecio, al capitalismo y al patriarcado: pues el capitalismo desvaloriza al trabajador que valoriza todas las mercancías y el patriarcado desvaloriza a la trabajadora que valoriza todos los cuerpos. Por eso, si es que queremos conservar la riqueza y la dignidad humanas (cuya fuente es una combinación de Trabajo y Tiempo), debemos librar una lucha doble y simultánea a favor de la independencia económica y de la dependencia recíproca.

¿Cuánto vale un ser humano? El tiempo que hemos trabajado en él. A eso los cursis lo llamamos «amor». ■

3. Yayo Herrero y Marta Pascual, *Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir futuro*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=103036>

Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate

Paz con Dignidad - Observatorio de Multinacionales en América Latina, OMAL

La nueva oleada de tratados y acuerdos de comercio e inversión es uno de los principales hitos de la agenda de reconfiguración del capitalismo en el siglo XXI. Éste, en un contexto de profunda crisis, necesita garantizar su reproducción y lanza una ofensiva definitiva de mercantilización y dominación del espectro completo de la vida, eliminando toda traba al comercio y a la inversión. La nueva oleada representaría así la punta de lanza de esta apuesta global: por un lado, trasciende las fronteras sectoriales de los mercados, incluyendo nuevos ámbitos hasta el momento no completamente absorbidos por éstos; por el otro, persigue el desmantelamiento de las fronteras políticas definidas por la democracia liberal-representativa, amputando las capacidades institucionales en favor de un gobierno de facto de las grandes empresas, vía convergencia reguladora y tribunales de protección de las inversiones. En definitiva, la principal aspiración de esta ofensiva encarnada en la nueva oleada consiste en apuntalar y extender al límite el radio de acción de un sistema biocida, trastocando radicalmente los sentidos comunes sobre el mercado, el gobierno y la democracia desde una mirada estrictamente corporativa.

El proyecto de capitalismo del siglo XXI

Quienes defienden la primacía del capital son conscientes de la gravedad de la crisis que atravesamos. Tal es así que ya están implementando un proyecto de redefinición del capitalismo del siglo XXI. Éste, en un momento crítico como el actual, mantiene inercias civilizatorias de mercantilización y dominación, pero incorpora notables transformaciones políticas y culturales respecto al modelo que hemos conocido en el siglo XX. Se trata en definitiva de cambios estructurales para ampliar las condiciones

de reproducción del capital, hoy en día bajo amenaza.

Dicha amenaza proviene fundamentalmente de dos fenómenos complementarios. Por un lado, la drástica reducción de la base física en la que opera —y operará— el sistema, fruto del efecto combinado del cambio climático, la pérdida de biodiversidad, el agotamiento de ciertos materiales y, muy especialmente, de las fuentes de energía fósil —petróleo, gas, carbón—, hoy en día hegemónicas. De esta manera, la premisa ambiental del capitalismo en el siglo XX —la inexistencia de límites en un planeta con capacidad perfecta de absorción de toda actividad económica, que además cuenta con infinitos recursos disponibles— ha mostrado ser rotundamente falsa. Quienes detentan el poder asumen por tanto la inevitabilidad de este escenario, y se plantean el reto de cómo garantizar el flujo de la renta con una base física menor. A su vez, fuerzan los procesos de innovación tecnológica para desmaterializar la producción y encontrar nuevas fuentes de energía.

Por otro lado, la expectativa de lánguido crecimiento económico para las próximas décadas destaca como preocupación central del capital —la propia OCDE predice un desempeño global muy bajo en este sentido al menos hasta 2060—. De esta manera, si el crecimiento representa el indicador de la salud de un sistema que necesita expandirse de manera permanente, se evidencia la incapacidad de éste para impulsar una nueva onda expansiva que permita generalizar y aumentar productividad, rentabilidad, inversión, empleo y consumo. Se trata así de un problema en la línea de flotación del capitalismo, además en el marco de una notable asimetría entre el ingente excedente generado —máxime en un modelo marcado por la primacía del crédito, la deuda y las finanzas— y las cada vez mayores dificultades para encontrar espacios de reproducción del mismo.

1. Este texto ha sido publicado previamente en *Pueblos*, n.º 76, primer cuatrimestre de 2018, con el título «Tratados comerciales, ofensiva contra nuestras vidas».

Quienes abogan por apuntalar *esta cosa escandalosa* en la que vivimos tienen por tanto el reto de abrir nuevas sendas al capital si no quieren que el sistema colapse, y han de hacerlo además en un contexto de reducción drástica de la base material y energética, así como de primacía de un ingente excedente especulativo. Cuadrar el círculo, en definitiva.

Para enfrentar este momento, como ya hemos adelantado, el capital redefine su agenda. Que todo cambie para que nada cambie, otros parámetros para fortalecer el crecimiento económico y los mercados. Ya no pueden permitirse trabas a un comercio y a una inversión seriamente amenazadas. De este modo, la apuesta reside en el desmantelamiento del conjunto de fronteras sectoriales, geográficas, políticas e incluso culturales que aún limitan la actuación del poder corporativo, una ofensiva absoluta y definitiva. Lo que antes era posible —ámbitos y dinámicas ajenas y/o en la periferia de la reproducción del capital—, ya no lo es, y se postula un nuevo-viejo proyecto económico, político y cultural de sociedad global.

Respecto a la dimensión económica de este proyecto, se pretende mercantilizar todo ámbito de la vida —todo aquél que sea rentable, claro—. Se pone así especial énfasis en los bienes naturales, los servicios, lo digital y la esfera de lo público. Éstos, además de extender la frontera mercantil global, garantizan negocio en base a necesidades básicas humanas, y por tanto permanentes (educación, salud, vivienda, alimentación, bienes naturales, etc.), ahondando en el férreo control de territorios y bienes naturales escasos. Complementariamente, y ante las escasas vías de reproducción en otras esferas, se redobra la apuesta especulativa mediante el blindaje de la desregulación financiera, que bien pudiera generar otro estallido como el de 2008, dadas las condiciones. Por último, y con una mirada de largo alcance, se prefigura una nueva onda expansiva a partir del desarrollo de la automatización, la robotización, la economía digital y el capitalismo verde.

Finalmente, se impulsa un relato cultural que cierra el círculo del proyecto. Frente a la deslegitimación de la *agenda de colores neoliberal*, que pretendía trasladar una mirada progresista y universalista sobre la globalización —en la que podían defenderse agendas y derechos de todo tipo—, se va posicionando otro imaginario, más acorde con la realidad de violencia y exclusión generalizada. Gana espacio así un discurso de fascismo social, de miedo y confrontación con el otro que, incluso manteniendo cierto pluralismo político, preconiza la *ley de la selva*.

En la dimensión política, se trata de eliminar toda traba democrática al natural desempeño económico. La democracia no puede poner ya freno a los negocios, y éstos deben realizarse bajo una absoluta seguridad jurídica. Este principio se convierte en valor supremo, por lo que se revisan los fundamentos del modelo liberal-representativo en lo que respecta a las capacidades legislativas y judiciales. La tensa relación entre capitalismo y democracia explota por los aires, y en el altar de la reproducción del capital se derriba la arquitectura institucional básica de parlamentos, tribunales públicos y estructuras multilaterales de derechos humanos.

El comercio y la inversión se esencializan, se metapolitizan por tanto, implantando en este sentido y de manera definitiva una *lex mercatoria*, directamente vinculada a la nueva oleada. La democracia empezaría ahí donde terminan los mercados capitalistas. En esa misma lógica, las decisiones políticas estratégicas se elevan y se corporativizan aún más, priorizando los ámbitos regionales y multilaterales de decisión —alejados de la ciudadanía—, así como la

participación activa de las grandes empresas en éstas, ya no sólo de manera indirecta —*lobbies*, corrupción, etc.—, sino directa, dentro del mismo proceso de elaboración política y contando con una justicia *ad hoc*.

Finalmente, se impulsa un relato cultural que cierra el círculo del proyecto. Frente a la deslegitimación de la *agenda de colores neoliberal*, que pretendía trasladar una mirada progresista y universalista sobre la globalización —en la que podían defenderse agendas y derechos de todo tipo—, se va posicionando otro imaginario, más acorde con la realidad de violencia y exclusión generalizada. Gana espacio así un discurso de fascismo social, de miedo y confrontación con el otro que, incluso manteniendo cierto pluralismo político, preconiza la *ley de la selva*. Ya no hay sitio para todos y todas, sólo algunas vidas son vivibles, y se abunda en la guerra con el otro, con lo diferente, desde sentidos comunes explícitamente

reaccionarios (odio de clase, racismo, violencia machista, ética reaccionaria del cuidado, des-ciudadización de los y las migrantes, etc.). A su vez, y como referencia normativa, se proyecta un individualismo extremo, moderno, conectado y con acceso a todo —como ejemplifican algunos casos de la economía colaborativa—, pero que invisibiliza, en el voluminoso iceberg oculto bajo el agua, una realidad de servidumbre e hipersegmentación a costa del individualismo de la casta privilegiada.

En definitiva, el sistema articulado en torno al capitalismo muta y plantea un nuevo-viejo proyecto que incorpora notables transformaciones, a partir del objetivo de que nada estorbe a una reproducción del capital amenazada por la crisis. Y la nueva oleada de tratados y acuerdos juega un rol estratégico en dicho proyecto.

Gobierno *de facto* de las grandes empresas en un mercado global sin trabas

Los tratados y acuerdos de comercio e inversión de última generación, tanto los aprobados en los últimos años como los actualmente en negociación, se cuentan por decenas. Su carácter es tanto global como regional y, de entrar en vigor, abarcarían el conjunto del planeta, al menos el más relevante en términos de mercantilización —incluida China, y con el papel protagónico de la Unión Europea—. La nueva oleada se sumaría así a los más de 3.000 acuerdos actualmente operativos y haría real el viejo sueño de un único mercado autorregulado —o ultraregulado, según se mire—. Dicho sueño, que hasta el fracaso de la Ronda de Doha representaba la Organización Mundial de Comercio (OMC) —proyecto archivado pero no olvidado, como pone de manifiesto el encuentro de diciembre de 2017 en Argentina—, se pretende mantener vivo por esta vía indirecta de sumar múltiples acuerdos que, en última instancia, permitan avanzar en ese gran objetivo.

Se trata entonces de un objetivo claramente político, y de gran alcance. Así, pese al *ex profeso* carácter complejo y confuso de cada uno de estos acuerdos; pese a la diferente literalidad de cada iniciativa y su lectura en clave tecnocrática; y pese a la diversidad de compromisos cuantitativos, ámbitos y anexos resultado de cada negociación, podemos identificar el hilo conductor que define la identidad de la nueva oleada. Ésta combina inercias de oleadas anteriores

que se actualizan y amplían a nivel global —principios, tribunales de protección de las inversiones—, con innovaciones como juntar acuerdos de comercio e inversión —antes separados—, la convergencia reguladora, la mercantilización de nuevos sectores y la apuesta por la armonización a la baja de barreras no arancelarias.

En síntesis, la nueva oleada toma como referencia el sueño del mercado autorregulado, empeñándose de manera directa y prioritaria en el derribo de las trabas sectoriales, geográficas y políticas a la mercantilización capitalista, a través fundamentalmente de dos vías complementarias. Por un lado, la ampliación de la frontera mercantil, incluyendo en su lógica global los servicios, la compra pública, los bienes naturales —especialmente la energía—, el comercio digital, la propiedad intelectual, así como un capítulo específico de inversiones de todo tipo.

Por el otro, y aquí nos detendremos especialmente al ser el elemento más novedoso, se implanta un gobierno *de facto* de las transnacionales que amputa las capacidades institucionales —principalmente las legislativas y judiciales— en favor de éstas. Las empresas imponen así una agenda política y una nueva estructura en defensa de dicha agenda que posiciona un modelo de gobernanza corporativa a través de una triple apuesta: la primacía político-jurídica de principios corporativos fuertes, exigibles y justiciables, de alcance global; la convergencia reguladora como lógica de creación de nuevos espacios de decisión, en los que las empresas participan directamente, en detrimento del legislador; y los tribunales de protección de inversiones, una justicia privatizada al servicio de los negocios y del poder corporativo. El resultado, una democracia de bajísima intensidad.

Respecto a la primera apuesta, la nueva oleada explica la hegemonía de los siguientes principios: la *seguridad jurídica* de las inversiones, frente a cualquier otra consideración política; las *expectativas legítimas*, que sitúan los beneficios empresariales —presentes y futuros— por encima del mandato popular; la *armonización normativa*, eliminando progresivamente toda traba arancelaria y no arancelaria al comercio y la inversión; el *trato nacional* para toda empresa extranjera; el *trato de nación más favorecida*, ampliando las mejores condiciones de cualquier acuerdo a los nuevos que se pudieran firmar; y la *cláusula ratchet*, que impide la reversión de procesos de liberalización a partir de la firma del tratado.

Estos principios fuertes conforman, en definitiva, la agenda de referencia de este modelo de gobernanza.

Dicha agenda se posiciona sobre una nueva estructura política sustentada en la segunda apuesta corporativa, la convergencia reguladora. Su meta consiste en armonizar, superando barreras arancelarias y no arancelarias, e incide así en la desregulación laboral, ecológica, social y sanitaria derivada de la competencia extrema por atraer inversiones. Se crean nuevas estructuras multilaterales —consejos mixtos, comités sectoriales, etc.— que participarían preceptivamente en el proceso administrativo, marcando la línea e incidiendo en favor de la agenda antes señalada. El procedimiento de creación de normativa se altera, incluyendo nuevos espacios bajo la estela de la armonización —regulación a la baja en realidad— y que cuentan con un gran poder. La participación empresarial en estos espacios es directa, por lo que se naturaliza su rol político en la toma de decisiones.

Por supuesto, no hay una única versión de convergencia reguladora en los diferentes tratados, pudiendo ser ésta obligatoria o no, afectando sólo a las competencias regionales o al conjunto de instituciones, etc. En todo caso, e indiferentemente de la versión aprobada, se trastoca el procedimiento político en favor de espacios multilaterales alejados de la ciudadanía y corporativizados, y se dota de gran poder a ciertos espacios de decisión. Esto queda claro por ejemplo en el caso del Comité Mixto del CETA, con amplia capacidad de interpretación de lo que dice —y no dice— el acuerdo, generando así presión y doctrina propia.

Por último, la nueva estructura política se completa con la tercera apuesta, los tribunales de protección de las inversiones. Se implanta un modelo de justicia privatizada global ya vigente en muchos tratados bilaterales, mediante el cual las corporaciones denuncian a los Estados —nunca al revés— si ven lesionados sus intereses. Son espacios ajenos a la institucionalidad

Se implanta un modelo de justicia privatizada global ya vigente en muchos tratados bilaterales, mediante el cual las corporaciones denuncian a los Estados —nunca al revés— si ven lesionados sus intereses. Son espacios ajenos a la institucionalidad pública, con una asunción absoluta de los principios mercantiles hegemónicos, y cuyo fin principal consiste en aplicarlos de manera altamente coercitiva, exigible y justiciable, sin garantías en términos de derecho de las personas y los pueblos.

pública, con una asunción absoluta de los principios mercantiles hegemónicos, y cuyo fin principal consiste en aplicarlos de manera altamente coercitiva, exigible y justiciable, sin garantías en términos de derecho de las personas y los pueblos. Aquí también coexisten diferentes versiones de tribunales —que debaten sobre el número y carácter de los árbitros, el sistema de apelación o incluso a la posibilidad de crear una Corte Multilateral de Inversiones, etc.—. Pese a ello, todas las propuestas rompen la lógica pública y garantista, crean espacios privados que vacían la justicia y sitúan a las empresas como actor principal, con amplias capacidades para defender sus intereses y que, en sentido contrario, no están en la obligación de cumplir el marco internacional de derechos humanos.

En conclusión, la nueva oleada se vincula directamente a la eliminación del conjunto de trabas al comercio y a la inversión, principalmente en los ámbitos político y económico —pero también en el cultural—, ampliando definitivamente los espacios al relato corporativo. De este modo, avanza en la frontera sectorial y geográfica a la mercantilización, impulsa una agenda política que entroniza los negocios como valor civilizatorio supremo y desmantela los mínimos democráticos al generar una estructura político-jurídica basada en el gobierno de facto de las

empresas y en la justicia privatizada. La democracia se hunde en el altar del capitalismo y del poder corporativo. Las instituciones persisten, pero amputadas y amenazadas por nuevos organismos. Un relato, en definitiva, de fascismo social y hegemonía empresarial, ya sin intermediaciones institucionales.

Los impactos de este hito central del capitalismo del siglo XXI trascienden por tanto la insostenibilidad, exclusión y desposesión de todo proceso de mercantilización capitalista, sino que además incorporan una mirada de largo plazo que pretende alterar los sentidos comunes en favor del poder y del relato corporativo. Es estratégico impedir su aprobación e implantación, nos va la vida en ello. ■

Bizilur

Asociación para la Cooperación y el Desarrollo de los Pueblos

El modelo alimentario actual, basado en el concepto de alimentación como mercancía y no como derecho y estructurado en torno a los intereses de las grandes empresas del agronegocio, genera vulnerabilidad alimentaria, ecológica, social y económica. Frente a esto, la **soberanía alimentaria**, construida desde los movimientos campesinos y sociales, se nos presenta como una propuesta contrahegemónica de primer orden; los territorios, como ámbito estratégico para desarrollarla, y las políticas públicas locales, como una de las herramientas tractoras para transitar hacia otros modelos de organización sociales, políticos y económicos que coloquen la sostenibilidad de la alimentación y la vida en el centro.

Este momento de crisis profunda del modelo capitalista neoliberal nos coloca ante grandes debates sobre qué sociedad, qué trabajos, qué instituciones, qué políticas públicas, etc. queremos y necesitamos para hacer frente a las dinámicas actuales de privatización y profundización de las desigualdades. Es el momento de idear y construir alternativas que nos permitan avanzar en términos de justicia, bienestar y sostenibilidad.

En este sentido, el movimiento campesino internacional organizado en La Vía Campesina¹ (LVC) lleva décadas denunciando las grietas de este sistema (crisis alimentaria, crisis climática, crisis social) y proponiendo alternativas para su superación. Fren-

te a quienes ante esta crisis están proponiendo una intensificación del desarrollismo, de la privatización y de la acumulación, LVC y todas las organizaciones y personas que conformamos el movimiento por la soberanía alimentaria vemos la situación actual como de oportunidad y urgencia para hacer propuestas transformadoras, viables y reales en nuestros territorios para transitar desde lo local hacia nuevos sistemas globales.

El modelo agroindustrial actual está controlado por grandes empresas transnacionales que, utilizando múltiples estrategias en las diferentes fases de la cadena alimentaria, determinan qué y cómo se produce y también qué vamos a consumir. Este modelo profundamente dependiente (de los bienes naturales, del mercado global y de las relaciones desiguales norte-sur), que necesita del patriarcado para su funcionamiento y despoja a las comunidades tradicionales de sus saberes y recursos (tierra, semillas), entiende la alimentación como un negocio. Así, la soberanía alimentaria se construye colectivamente como una propuesta política que, frente a esta visión, defiende la alimentación como un derecho.

Defendemos la soberanía alimentaria como un enfoque integral, abierto y alternativo que se basa en el derecho de los pueblos a establecer su propio sistema alimentario. Frente a un modelo único basado en la centralidad de los mercados, la privatización de la vida y la generación de desigualdades, este enfoque propone colocar la vida y la alimentación en el centro y construir colectivamente otros modelos sociales y económicos que respondan a esta apuesta.

Integral, porque, partiendo de la defensa de la alimentación no como mercancía sino como derecho fundamental, es un enfoque que aborda de manera crítica las relaciones y dinámicas que se dan en el resto de ámbitos sociales y económicos. Así, podemos decir que no se trata sólo de transformar lo que comemos, sino sobre todo de transformar la realidad en la cual está inserta esta producción y ese consu-

*. Este artículo está basado en la guía *Sembrando Soberanías para otros modelos de vida en Euskal Herria*, Bizilur y Etxalde – Nekazaritza Iraunkorra, junio 2015.

1. La Vía Campesina es un movimiento internacional que reúne a millones de campesinos, agricultores pequeños y medianos, sin tierra, jóvenes y mujeres rurales, indígenas, migrantes y trabajadores agrícolas de todo el mundo, en total más de 200 millones de campesinos y 181 organizaciones locales. Construido sobre un fuerte sentido de unidad y la solidaridad entre estos grupos, defiende la agricultura campesina por la soberanía alimentaria como una forma de promover la justicia social y la dignidad y se opone fuertemente a los agronegocios que destruyen las relaciones sociales y la naturaleza.

mo de alimentos desde la base del derecho a decidir. Entendemos los pueblos como sujetos soberanos con capacidad y legitimidad para construir alternativas adecuadas a sus realidades.

Es una agenda también **abierta**, que nace y se construye desde el movimiento campesino, pero que está en permanente construcción y diálogo con otras propuestas políticas, como la economía feminista, el ecofeminismo, la economía social y solidaria, la economía ecológica, el decrecimiento, la economía del bien común o el Buen Vivir, entre otras.

Y por último, se trata de una propuesta **alternativa**, porque frente a ese modelo hegemónico que genera pobreza, exclusión, superación de los límites del planeta, desigualdad, etc., este enfoque propone un modelo social y económico alternativo basado en la sostenibilidad ecológica, económica y social, necesariamente ligada a los territorios y a las vidas de las personas.

Para la soberanía alimentaria, por tanto, es central el territorio, **lo local**, como ámbito estratégico para la construcción colectiva y la puesta en marcha de alternativas de vida. Debemos aclarar que entendemos lo local no desde una perspectiva localista ni reduccionista, sino siempre en necesaria interacción y relación con lo global. No podemos analizar nuestros contextos y realidades más cercanas sin entender cómo éstas están afectadas por causas globales estructurales. Nuestras propuestas deben partir tanto del análisis del modelo hegemónico generador de múltiples desigualdades como de las alternativas existentes al mismo, de esta idea de interdependencia. La Vía Campesina es, en sí misma, un ejemplo perfecto para entender esta propuesta de articulación local-global.

Así mismo, entendemos **lo público** como un espacio del que apropiarse colectivamente y las políticas públicas como una herramienta que puede promover la transformación que, desde los diversos ámbitos, debemos ir concretando y construyendo para articu-

lar un proyecto alternativo que responda a esa necesaria mirada integral.

Asumir la soberanía alimentaria como enfoque que oriente la construcción de políticas públicas supone revisarlas desde el inicio, revisar cómo fueron tomadas las decisiones y la gestión. Para que estas políticas sean aliadas de agendas alternativas, deben ser construidas en colectivo y en alianza amplia con otros sectores (movimiento campesino, consumidores/as, administración pública, asociaciones...)

Desde estas premisas surge la propuesta del enfoque de **intersección de soberanías**, y nos preguntamos: si quisiéramos construir una propuesta alternativa desde la soberanía alimentaria, ¿qué ámbitos incluiría? ¿Cuáles de estos ámbitos son claves para poder construir un modelo alimentario que favorezca la construcción de ese otro modelo de sociedad que ponga las personas y la vida en el centro?

Para responder, identificamos cinco ámbitos imprescindibles (aunque no exclusivos) sobre los que debemos construir soberanía:

Soberanía sobre los bienes naturales

Tierra, bosques, agua, semillas, etc. resultan fundamentales para la soberanía alimentaria. Frente a la actual privatización y especulación con los mismos, la soberanía alimentaria defiende que son fuente de diversidad y sostenibilidad y, por tanto, hay que ponerlos al servicio del bien común y no de los intereses del mercado. En este sentido, debemos promover una visión de nuestros territorios no sólo desde su perspectiva productiva o económica, sino también ecológica, cultural y política, y abordar desde esa mirada la ordenación de los mismos.

Soberanía energética

Frente a la actual crisis climática y energética, la soberanía alimentaria es una alternativa real. No se trata de tomar medidas puntuales dirigidas a producir más energía desde fuentes alternativas para seguir aumentando el consumo. La transformación

del modelo de consumo, reorganizar la energía con criterios de eficiencia, promover la autonomía energética y las energías de fuentes alternativas y renovables, reducir residuos, reutilizar, reciclar, y avanzar hacia un modelo público de producción, gestión y distribución de energía pueden ser alguno de los caminos. La relocalización de la producción y el consumo de alimentos y la producción agroecológica pueden, sin ninguna duda, ayudar a reducir el consumo energético.

Soberanía sobre los sistemas alimentarios locales

Tanto aquellas personas que producen alimentos como aquellas que nos alimentamos debemos ser capaces de decidir dónde y cómo se producen, transforman y comercializan los alimentos, priorizando los territorios, lo local, la producción ecológica, las relaciones de cooperación y los canales cortos de comercialización, entendiendo el consumo como una herramienta de transformación, compartiendo responsabilidades y construyendo relaciones de cercanía entre personas productoras y consumidoras, entre el ámbito rural y el urbano.

Soberanía y autonomía de las mujeres

Debemos fomentar procesos de visibilización y reconocimiento de la realidad, situación y posición de las mujeres agricultoras y rurales, desde su diversidad, y el establecimiento de las medidas necesarias para mejorar ésta; dar valor a sus conocimientos y saberes para la construcción de la soberanía alimentaria y su papel fundamental para otro modelo de agricultura sostenible; promover procesos de empoderamiento de las mujeres campesinas, entendidos como la toma de conciencia individual y colectiva de su situación de desigualdad, de las causas que la generan y de su organización para superarlas; hasta potenciar el trabajo en redes y alianzas de mujeres, siendo necesario establecer vínculos entre mujeres urbanas y rurales para luchar por objetivos comunes.

Soberanía sobre la organización de lo común y conocimiento libre

Entendemos que no será posible construir esos otros proyectos de vida alternativos si no se abordan

desde la generación de conciencia crítica de las personas y pueblos y desde la comprensión de la centralidad de apropiarnos de la organización de lo colectivo. Por tanto, conocimientos libres y diversos y el acceso a la información resultan fundamentales. Desde esta propuesta se reclama dejar de entender conocimiento e información como algo neutro y elitista y hacer como con los circuitos alimentarios, *relocalizarlos y recampesinizarlos*.

Resulta central ampliar y redefinir los marcos en los cuales se han insertado los procesos de toma de decisiones, priorizando la construcción y el debate colectivo sobre las posibles alternativas; y promoviendo espacios y relaciones basadas en la solidaridad y el intercambio. Desde las administraciones comprometidas se deben redefinir esas otras maneras de organizar lo común.

Este enfoque alternativo implica grandes retos y desafíos y serán necesarias innumerables herramientas para desarrollarlo. Desde nuestro punto de vista, las políticas públicas locales son una de esas herramientas: un **elemento tractor** fundamental para ir avanzando en la transición hacia esos otros modelos deseados. Debemos aproximarlas al bien común, alejarlas de la creciente privatización de las vidas, traducirlas en derechos de los pueblos y del bien común.

sición hacia esos otros modelos deseados. Debemos aproximarlas al bien común, alejarlas de la creciente privatización de las vidas, traducirlas en derechos de los pueblos y del bien común.

Esto supone asumir que no podremos hablar de transformación real si la administración va sola; es imprescindible la participación y visión de las personas y colectivos directamente implicados; que la administración puede tener un papel importante para facilitar y promover los cambios; que debemos tratar de dar respuesta a las urgencias, a las necesidades reales e inmediatas, y ser capaces de valorar cómo esas respuestas nos alejan o acercan a ese horizonte de transformación; que hay experiencias autónomas, que seguirán siendo eso, autónomas, pero de las cuales tenemos mucho que aprender; que existen riesgos evidentes de burocratización de los procesos a los que tendremos que hacer frente; y que aterrizar un enfoque como la soberanía alimentaria en propuestas concretas requiere aunar esfuer-

zos y entender que es una tarea en permanente construcción.

Para ello, las administraciones públicas también deben asumir los retos que supone llevar a la práctica un enfoque de este calado, asumiendo riesgos y potencialidades inherentes al proceso y aceptando cierto grado de incertidumbre. Frente a los márgenes muchas veces estrechos de las competencias, de las limitaciones presupuestarias, de las normativas, etc., necesitamos ir construyendo estas propuestas desde otros parámetros y miradas, asumiendo que el camino es en sí mismo parte del proceso de aprendizaje.

Debemos replantearnos integralmente lo que entendemos por participación y construcción colectiva, revisando las formas actuales, delegadas y de bajo perfil, hacia otras políticas construidas desde otras metodologías, herramientas y espacios.

Resulta imprescindible construir y mantener una visión holística, integral y transversal en la definición de los planes y propuestas a nivel local, frente a la sectorialización de las actuales políticas públicas. Aterrizar y concretar en cada contexto y realidad particular los enfoques de soberanía alimentaria e intersección de soberanías. Para ello nos parece importante no olvidar que dentro de la propuesta de la soberanía alimentaria la alimentación juega un papel fundamental. Por lo tanto, es central aumentar, potenciar y proteger al campesinado y la producción de alimentos en nuestros territorios, garantizando su acceso para la población. Sin esto, es imposible defender la alimentación como un derecho.

Muchos son los retos a los que nos enfrentamos, pero también sabemos que ya existen caminos que se están definiendo junto con otras y otros. Un ejemplo de ello es *Orduña, regresando al futuro*.²

Orduña, regresando al futuro

Orduña es un pequeño municipio de Bizkaia en territorio alavés, con una población de 4.200 habitantes y un censo de 50 explotaciones agro ganaderas. Aproximadamente el 1% de la población se dedica al primer sector, siendo el comercio y el turismo los sectores más importantes. Este municipio es referente por apostar por la agroecología y la soberanía alimentaria como marco para definir políticas de desarrollo comarcales.

Entre el año 2000 y 2003 se impulsó un plan estratégico del municipio basado en la apuesta por el primer sector como motor de desarrollo. El primer paso fue un diagnóstico común a tantos otros municipios: sector envejecido, descenso en el número de explotaciones, poca transformación del producto, cadenas rotas de comercialización... en definitiva, poco valor añadido. En un segundo momento, se crea en 2006 el servicio de asesoramiento Ekoizpen Orduña y se instaura un foro de agroecología que trataba temas relacionados con alimentación sostenible y se pone en marcha una investigación-participativa donde confluyen dos sujetos fundamentales: el Grupo de la Hierba (grupo para abaratar costes en la producción) y Urduñako Zapo-

reak (asociación para la promoción de productos agro-ganaderos).

En 2009, con los resultados de Ekoizpen y la participación del primer sector se da un paso más hacia el desarrollo de un sistema alimentario local y se comienza a dar forma a una **cocina municipal** que a día de hoy abastece tanto a la escuela como a la residencia de la tercera edad. A través de pliegos específicos para esta cocina, se fomenta la compra local de productos, la fresca, ecológicos...

En torno a esta cocina municipal se promocionan a su vez varios de los intereses identificados durante la investigación y el diagnóstico: la cultura y tradi-

2. www.regresandoalfuturo.org

ción gastronómica de la comarca, el comercio local, la agricultura y la ganadería, la comercialización de productos locales, oportunidad para nuevas instalaciones, planificación de la producción en base a necesidades alimentarias, mejora de la calidad de la alimentación de las personas mayores y de los niños/as...

Otras iniciativas que el municipio ha impulsado en este tiempo y que han posibilitado el avance de la soberanía alimentaria como marco fundamental para el desarrollo han sido: la ordenanza para venta ambulante que favorece la venta de productos de la zona, ordenanza de aprovechamiento de fincas de propiedad municipal para poner en marcha huertos urbanos y para la promoción de la instalación de jóvenes en el primer sector y el Plan de Gestión del monte de Utilidad Pública.

¿Qué aprendemos de este proceso?

La dificultad que supone al inicio no tener apoyos externos ni recursos económicos o humanos orientados a ello, así como las normativas y políticas públicas a niveles superiores. O los miedos y resistencias que aparecen dentro del proceso.

Pero también, que tanto la autonomía de un proceso como éste como la alianza con otros movimientos sociales o municipios que están en el mismo proceso facilitan que prosperen.

Destacamos la importancia que en este proceso tuvieron la formación, sensibilización y dinamización continua, manteniendo la ilusión de las personas implicadas; la socialización de los avances para que las personas comprendan y se apropien.

Hay muchísimas propuestas en marcha en municipios enormes y minúsculos, con grandes áreas agrícolas o muy pequeñas, que desde su propia realidad y desde una reflexión y construcción colectivas, impulsan políticas públicas desde el marco de la soberanía alimentaria: el Consejo Alimentario de Valencia, el Consejo Alimentario de Bristol, el paisaje natural y cultural de Zerain, Consumiendo Leiza, Madonie Resilienti...

De todas ellas se pueden extraer aprendizajes y tejer poco a poco redes que nos permitan blindar, desde lo público, alternativas para recolocar la vida y la alimentación en el centro. Algunas de ellas están recogidas en el mapa digital Alimentando Alternativas y Políticas Públicas (www.politikak-elikatzen.bizilur.eus). Podéis conocerlas, ponerlos en contacto con sus protagonistas o compartir vuestra experiencia y seguir sumando en el intercambio de experiencias y de saberes, tan necesario para avanzar en una apuesta compleja e ilusionante como la que llevamos entre manos: sembrar soberanías.³ ■

3. http://bizilur.eus/wp-content/uploads/2016/01/Sembrando_soberanias-CAS.pdf

EL LIBRO RECOMENDADO

SASSEN, S., *EXPULSIONES. BRUTALIDAD Y COMPLEJIDAD EN LA ECONOMÍA GLOBAL*, KATZ, BUENOS AIRES, 2015

José Ángel Moreno
Economistas sin Fronteras

No es nada original la idea de que el sistema capitalista comenzó a entrar en una nueva fase a partir de la década de 1980, al calor de una transformación que no ha hecho sino intensificarse y acelerarse desde entonces. Varias son las características que la definirían: la dinámica de creciente desregulación y privatización, la revolución tecnológica, el salto cualitativo en la internacionalización de la economía (la globalización), el peso creciente del sector financiero y de la lógica financiera (la financiarización de la economía), el poder cada vez mayor de las grandes empresas transnacionales, el debilitamiento progresivo de la fuerza sindical, la reducción creciente de la capacidad de actuación del Estado en la esfera económica, las paralelas dificultades estructurales del Estado de Bienestar... Todos rasgos complementarios que parecen, en efecto, estar consolidando un modelo diferenciado de economía y de sociedad y sobre los que se ha escrito ya largo y tendido.

Es una perspectiva en la que incide, pero desde una perspectiva sustancialmente innovadora, el libro aquí comentado (edición original: *The President and Fellows of Harvard College*, 2014), de una autora que viene insistiendo desde hace años en el tema: la socióloga holandesa [Saskia Sassen](#) (profesora de la Universidad de Chicago y de la London School of Economics and Political Science y que, entre otras muchas distinciones, fue galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2013).

Sobre la base de todos los rasgos apuntados, Sassen considera que el elemento definidor de la nueva fase es una tendencia a la que empujan todas esas características: una propensión cada vez más intensa a la expulsión hacia la marginalidad de sectores crecientes de la población. Algo que no es, tampoco, estrictamente novedoso. Otros autores se han referido a este tipo de fenómenos como caracterizadores de nuestro tiempo: muy especialmente [David Harvey](#), con cuya tesis de «[la acumulación por desposesión](#)», coinciden no poco los planteamientos de Sas-

sen. La originalidad de ésta estriba en que para ella se trata de una propensión impulsada por el empleo de una tecnología crecientemente compleja (algo que en cierta forma remite al ya casi olvidado [E. F. Schumacher](#)). Una tecnología que se hace crecientemente dura para los menos favorecidos, que está dirigida por una lógica financiera que persigue un beneficio extraordinario siempre en aumento y que se concentra especialmente en los nichos (sectoriales o geográficos) en los que puede generar un mayor rendimiento a corto plazo.

Se trata de un fenómeno —piensa la autora— que no puede identificarse simplemente con la profundización extrema en las desigualdades que, sin duda, el sistema genera. Es algo sustancialmente diferente y más grave: la generalización e intensificación de prácticas económicas orientadas a la extracción del máximo beneficio posible y caracterizadas por «la complejidad de los medios y por la brutalidad de las consecuencias» que está empobreciendo y en muchos casos excluyendo de la economía formal y arrojando a la marginación (expulsando) a masas crecientes de la población de muchos países (al tiempo que intensificando la destrucción de la naturaleza: otra forma de expulsión). Prácticas que, con formas diferentes, rebasan fronteras y sectores, conformando lo que Saskia Sassen juzga como una tendencia de fondo crecientemente acusada y definitoria del sistema económico: una «profundización sistémica de las relaciones capitalistas» que ha producido lo que califica como «la descomposición de la economía política del siglo XX», que esconde una dinámica desacomplejada de generación de beneficios y de pobreza que la crisis no ha hecho sino robustecer y que recuerda —piensa— a las formas más extremas de [acumulación originaria](#) de comienzos del capitalismo. Tecnologías complejas y de gran escala al servicio de un sistema económico focalizado hacia formas de apropiación/expropiación de simplicidad y violencia que parecían superadas en la noche de la historia: «un despliegue de formas complejas de conocimiento y creatividad que con demasiada fre-

cuencia trae consigo, además de robustas ganancias, brutalidades asombrosamente elementales».

Porque, en efecto, estamos —asegura— ante una tendencia que —como muchos otros autores han visto— supone una diferencia esencial con el modelo de capitalismo keynesiano-fordista. Un modelo, éste, caracterizado por la búsqueda de la integración de colectivos que el sistema necesitaba como trabajadores y consumidores para su adecuado funcionamiento (el modelo que propició la consolidación del Estado de Bienestar y el modelo también en el que mejor arraigó la socialdemocracia). Frente a ese modelo, la nueva fase del sistema se caracteriza por una estructura productiva, una tecnología y un espacio de actuación (global) que convierte en progresivamente prescindibles a sectores cada vez mayores de la población: tanto en los países pobres como en los desarrollados y tanto en colectivos campesinos e indígenas y en la clase trabajadora tradicional como en las clases medias. Se ha pasado así «... de una dinámica que atraía gente hacia el interior a otra dinámica que empuja gente hacia afuera», en el marco de una concepción «peligrosamente estrecha» y acusadamente «corporativa» del crecimiento, en la que la labor de los Estados radica en facilitar al máximo la actividad de las grandes empresas, en la que se eliminan todos los obstáculos que interfieren en su camino y en la que dejan de importar todos los elementos que no contribuyen al beneficio. A ello responde la línea mayoritaria de las políticas económicas que se vienen aplicando, que la crisis ha intensificado y radicalizado y que inevitablemente conducen a reducciones del nivel de demanda y a deterioros de la base productiva (a lo que Sassen llama «contracción de la economía») que a la larga acabarán generando límites evidentes para el crecimiento. Pero una de las características dominantes de la nueva fase del capitalismo es —pese a los discursos— la despreocupación por el futuro y la focalización obsesiva en el corto plazo.

En el modelo anterior, el beneficio empresarial dependía esencialmente de la expansión de la capacidad de consumo de la población nacional, que se producía básicamente por su inclusión en la fuerza laboral. En el actual, crecientemente dominado por las grandes corporaciones, el beneficio que importa —el de estas corporaciones— depende cada vez más claramente de otros factores: de su demanda mundial, de su gestión financiera y especulativa, de sus cadenas de valor internacionales, de su capaci-

dad de extracción de rentas extraordinarias (ingeniería fiscal, externalización de costes...)... Un modelo, en este sentido, mucho más cortoplacista, mucho más vinculado a la lógica financiera, mucho más generador de impactos socio-ambientales negativos, mucho menos arraigado en el espacio nacional y mucho menos preocupado por las personas que el precedente. Un modelo, así, en el que cambia de forma crucial el carácter del crecimiento económico: en lugar de eje impulsor de mayores niveles materiales de vida para la mayoría de la sociedad, pasa a ser un fenómeno con efectos positivos generales cada vez menores y más concentrado. Un crecimiento esencialmente corporativo, que conduce a un mundo cada día más inclemente y que puede mantenerse e intensificarse al tiempo que se deterioran los niveles de ingresos y de calidad de vida de sectores en aumento de la sociedad. Algo —cree Sassen— que debería llevarnos a replantear radicalmente los criterios con los que definimos el progreso.

En este contexto —y es quizás lo que de más novedoso aporta la obra—, esta tendencia a la expulsión social es —para Sassen— consecuencia directa de la aplicación de formas de actuación y tecnologías crecientemente complejas, de la mano de las grandes empresas, pero con la complicidad manifiesta de gobiernos y organismos internacionales. Una consecuencia derivada de una irresponsabilidad social en las prácticas económicas que imprime un patente carácter de brutalidad despiadada al conjunto del sistema.

Entre las prácticas de este tipo que Sassen destaca como particularmente relevantes por sus implicaciones sociales y ambientales, figuran la extensión mundial de una agricultura hipertecnologizada basada en el acaparamiento de tierras y unas actividades industriales, energéticas y extractivas crecientemente agresivas en términos ambientales y sociales, prácticas ambas que se están extendiendo intensamente y que están provocando costes irreparables para las poblaciones afectadas, al tiempo que un salto cualitativo en la destrucción del capital natural del planeta (justo en momentos en que se multiplican como nunca antes farisaicas preocupaciones conservacionistas por parte de las élites empresariales y políticas).

No obstante, hay otro tipo de tecnologías complejas menos llamativas, pero cuyos efectos pueden ser

tanto o más letales. El ejemplo más significativo para Sassen es la sofisticación creciente de la actividad del sector financiero, en el que se materializa —dice— «... la más completa y eficaz de esas tendencias subterráneas que están transformando nuestro mundo». Un sector en el que se ha producido una transformación revolucionaria, de la mano del protagonismo imparable de actividades y productos cada vez más tecnificados, especulativos y de difícil comprensión, entre los que sobresale la ya casi universal capacidad de titularización, que permite convertir en producto financiero prácticamente todo: los inmuebles, los estudios, las materias primas, los cereales, los alimentos... Todo ya es susceptible, gracias a ella, de ser incorporado a una lógica financiera/especulativa que incrementa continuamente las fuentes de rentabilidad y los beneficios del sector, en una continua penetración en otros sectores y ámbitos de la vida que constituye una de las más conspicuas y efectivas facetas de lo que se ha dado en llamar la «financiarización» de la economía. A costa, claro, de incrementar también la inestabilidad y los riesgos y produciendo crisis de frecuencia y severidad en aumento, a la par que terribles tragedias para muchos colectivos, que se ven abocados a la ruina por la dinámica de un sector que actúa con niveles de irresponsabilidad y violencia cada vez mayores. Estamos, así, ante un sector hegemónico e invasivo, capaz de imponer las líneas de actuación

de los restantes y que está regando el mundo de «una destrucción en gran escala de economías sanas, deudas gubernamentales sanas y hogares sanos», liderando un feroz proceso de «creación de formas extremas de riqueza y de pobreza».

Son sólo algunos aspectos de un libro poliédrico, pero que —para quien esto escribe— constituye ante todo una sombría advertencia sobre los peligros derivados de una aceleración científico-tecnológica liderada por un poder económico cada vez más concentrado. Frente al optimismo de quienes confían en las virtualidades de la ciencia para solventar los problemas del deterioro galopante del patrimonio natural del planeta, pero también frente a quienes consideran que la revolución científico-tecnológica de nuestro tiempo acabará socavando los cimientos del sistema dominante, la lectura de Sassen obliga a no echar en el saco del olvido el condicionamiento que la tecnología puede imponer en la orientación de la economía y de la sociedad y los severos riesgos que entraña la concentración de su control. Una concentración que podría simplemente reforzar el poder de quienes la detentan y la focalización de su estrategia: su opción por la maximización cortoplacista del beneficio que la tecnología puede posibilitar, fortaleciendo así una dinámica de irresponsabilidad, desigualdad y autoritarismo que no por suicida a la larga deja de ser posible. ■

PARA SABER MÁS

Vídeos de las intervenciones en las V Jornadas «Otra economía está en marcha», celebradas los días 9 y 10 de marzo de 2018, y audio del programa de radio del Colectivo La Mundial, que difundió las jornadas en directo.

Conferencia inaugural de Saskia Sassen: «Expulsiones en la economía global»



Almudena Hernando: «La fantasía de la individualidad»



PARA SABER MÁS

Diálogo entre Santiago Alba y Yayo Herrero; «Diálogo sobre neoliberalismo y ecofeminismo»



Mar Cabra: Políticas Fiscales. Los *Panama Papers*



Programa de radio *La Mundial ambulante* Otra economía está en marcha



DOSSIERES EsF

- Dossier n.º 1: «Nuevos tiempos para la cooperación internacional para el desarrollo», abril 2011.
- Dossier n.º 2: «¿Cambiar el mundo desde el consumo?», julio 2011.
- Dossier n.º 3: «Sombras en las microfinanzas», octubre 2011.
- Dossier n.º 4: «La RSE ante la crisis», enero 2012.
- Dossier n.º 5: «La cooperación al desarrollo en tiempos de crisis. Nuevos actores, nuevos objetivos», abril 2012.
- Dossier n.º 6: «Crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales», julio 2012.
- Dossier n.º 7: «¿Otra política económica es posible?», octubre 2012.
- Dossier n.º 8: «Banca ética ¿es posible?», enero 2013.
- Dossier n.º 9: «Desigualdad y ruptura de la cohesión social», abril 2013.
- Dossier n.º 10: «Seguridad alimentaria: Derecho y necesidad», julio 2013.
- Dossier n.º 11: «La agenda de desarrollo post-2015: ¿Más de lo mismo o el principio de la transición?», octubre 2013.
- Dossier n.º 12: «Economía en colaboración», enero 2014.
- Dossier n.º 13: «Otra economía está en marcha», primavera 2014.
- Dossier n.º 14: «RSC: Para superar la retórica», verano 2014.
- Dossier n.º 15: «La enseñanza de la economía», otoño 2014.
- Dossier n.º 16: «El procomún y los bienes comunes», invierno 2015.
- Dossier n.º 17: «Financiación del desarrollo y Agenda Post-2015», primavera 2015.
- Dossier n.º 18: «II Jornadas Otra Economía está en marcha», verano 2015.
- Dossier n.º 19: «Las exclusiones sociales», otoño 2015.
- Dossier n.º 20: «Fiscalidad: eficiencia y equidad», invierno 2016.
- Dossier n.º 21: «Recordando a José Luis Sampedro», primavera 2016.
- Dossier n.º 22: «Otra economía está en marcha III», verano 2016.
- Dossier n.º 23: «El buen vivir como paradigma societal alternativo», otoño 2016.
- Dossier n.º 24: «La energía. Retos y problemas», invierno 2017.
- Dossier n.º 25: «El enfoque de género en la economía social y solidaria: aportes de la economía feminista», primavera 2017.
- Dossier n.º 26: «Repensando nuestro modelo de sociedad y de economía», verano 2017.
- Dossier n.º 27: «La inversión de impacto», otoño 2017
- Dossier n.º 28: «El gobierno de la globalización», invierno 2018.
- Dossier n.º 29: «Economía feminista: visibilizar lo invisible», primavera 2018.



Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al proyecto 2016/PRYC/001746, «La agenda 2030 y los objetivos de desarrollo sostenible (ODS): cambiar la economía para transformar el mundo».

El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.



Con la colaboración de:



Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo
CONSEJERÍA DE IGUALDAD Y POLÍTICAS SOCIALES



Economistas sin Fronteras

c/ Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015 • Madrid
Tlf.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

